



**Príncipe de Paz
Ministerios Bíblicos**

Bienvenidos a la Clase Padres Apostólicos

Material recopilado por: Rubén Posligua Morales PhD



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

UN PRIMER ESLABÓN EN LA GRAN CADENA ESPIRITUAL DE LA IGLESIA

Vemos a Pablo llamarse padre de los corintios. Pero aquí surge un conflicto de conciencia. Cristo dice: **“No llaméis padre a nadie en la tierra”**. Mateo 23:9

El uso del título “Padre”

El título honorífico de **“Padre”** obedece a ideas tomadas de la vida común y de la cultura religiosa de la época. **El padre es el progenitor de la familia, el cabeza a quien compete la preocupación por ella, y su dirección.** Durante un tiempo, perceptible en el **Antiguo Testamento, el padre hizo de sacerdote del culto doméstico, representante de Dios en la familia.** Los patriarcas, por su parte, son los padres de la nación y los depositarios de la promesa, garantes del pacto con Dios. **“Socorrió a Israel su siervo, acordándose de la misericordia, de la cual habló a nuestros padres, para con Abraham y su descendencia para siempre”** (Lc. 1:54, 55).

Del uso familiar, el nombre padre pasó a significar, **por analogía, padre en sentido figurado, “padre espiritual”** (*pater pneumatikos*). Así vemos a Pablo llamarse padre de los corintios, a quienes engendró por el evangelio (1ªCo. 4:14-15). Padre espiritual viene a identificar al que educa, enseña y proclama el evangelio, así como al que preside la comunidad. Hasta el siglo IV el título de padre se aplica exclusivamente a los obispos. A partir del siglo V se confiere también a los presbíteros o sacerdotes y a los diáconos. También los superiores de los monasterios son llamados padres, en acepción directa del título arameo, utilizado por Cristo para referirse a Dios: *Abba, abad*.

Pero aquí surge un conflicto de conciencia a los que han aprendido de labios de Cristo aquello que dice: “No llaméis padre a nadie en la tierra, porque uno es vuestro Padre, que está en el cielo” (Mt. 23:9). Ya Jerónimo advirtió que era una contradicción irreverente utilizar un título divino aplicado a un ser humano.

“Siendo así que *abba* en lengua hebrea y siríaco significa ‘padre’, y nuestro Señor en el Evangelio ordena que a nadie debe llamarse ‘padre’ más que a Dios, no sé con qué licencia en los monasterios llamamos a otros o nos dejamos llamar nosotros mismos con este nombre” (San Jerónimo, In Ep. ad Galatas 2). Pacomio, por su parte, dice: “Jamás pensé que yo era el padre de los hermanos, pues sólo Dios es padre” (Vita Graeca prima 105).

Sin embargo, el título siguió utilizándose, justificando su uso como una manera de rendir homenaje a la única y ejemplar paternidad de Dios, de quien deriva toda paternidad humana. El apóstol Pablo se considera a sí mismo un padre espiritual, no sólo respecto a los corintios, sino a individuos concretos como Onésimo y Timoteo: “Te ruego por mi hijo Onésimo, que he engendrado en mis prisiones” (Fil. 1:10). “Timoteo, verdadero hijo en la fe” (1ª Ti. 1:2).

Y ocurre que así como hay que ser “imitadores de Dios” (Ef. 5:1), modelo ejemplar en última instancia, esta imitación se concreta de un modo visible en aquellos que siguen a Dios con fidelidad y buena conducta, de quien reciben el carácter ejemplarizante: “Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así anduvieren como nos tenéis por ejemplo” (Fil. 3:17). “Que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas” (He. 6:12).

De modo que se da una perfecta simbiosis entre la imitación de Cristo y la imitación de aquellos que lo representan con fe y buena conciencia, según el mensaje evangélico: “Vosotros fuisteis hechos imitadores de nosotros, y del Señor, recibiendo la palabra con mucha tribulación, con gozo del Espíritu Santo” (1ª Ts. 1:6).

Así, Padres de la Iglesia es un concepto tradicional aplicado a aquellos escritores eclesiásticos garantes de la enseñanza de los apóstoles, no infalibles, pues en todo momento se refieren, y han de atenerse a la autoridad superior y última de la Sagrada Escritura, la *regula fidei* del cristianismo. Cuando un determinado Padre de la Iglesia está de acuerdo plenamente con la Escritura, es testigo auténtico de la fe y de la doctrina de la Iglesia. Por eso, a partir del siglo IV, los obispos que se habían significado de manera especial en la transmisión, explicación y defensa de la fe, recibieron el título de Padres de la Iglesia o de Santos Padres (cf. H. R. Drobner, *Manual de Patrología*, p. 18. Herder, Barcelona 1999).

Por otra parte, la importancia concedida a la dimensión histórica del ser humano en la filosofía de los últimos siglos, ha llevado a los teólogos a darse cuenta de la tremenda importancia de esta para su trabajo teológico. Por eso la atención se ha dirigido a la Biblia como revelación histórica y, a la vez, se ha retomado con nuevo vigor el estudio de los Padres de la Iglesia, testigos privilegiados del cristianismo temprano. Esto ha hecho posible un mayor conocimiento de los orígenes cristianos, de la génesis y de la evolución histórica de las diversas cuestiones y doctrinas contenidas en la Escritura. Y no sólo se ha accedido a las fuentes históricas del pasado como una mera labor científica, sino que el progresivo estudio de las mismas está influyendo en las orientaciones espirituales y pastorales de la Iglesia actual, indicando nuevos caminos hacia el futuro. Es natural, pues, que el creyente interesado en su fe se aproveche grandemente de ellos.



Príncipe de Paz

Ministerios Bíblicos

Los Padres, la Biblia y su interpretación

Respecto al estudio de la Biblia, los Padres son primero y esencialmente comentadores de la Escritura, a la que defienden siempre como divina, inspirada, y normativa en doctrina y práctica. La exégesis que practican es por lo general la que obedece al método alegórico o espiritual, que complementa la interpretación gramatical o histórica, enriqueciéndola con intuiciones profundamente teológicas. “Habéis escudriñado las Escrituras, que son verdaderas, las cuales os fueron dadas por el Espíritu Santo” (Clemente, *1 Cor.* 45).

De Policarpo sabemos que era un consumado lector de las Sagradas Escrituras desde su niñez, lectura que aconsejaba a los demás, “diciendo que la lectura de la ley y los profetas es la precursora de la gracia, enderezando los caminos del Señor, los corazones de los oyentes, semejantes estos a las tablas en las que ciertos dogmas y sentencias difíciles, escritos antes de ser bien conocidos, se van primero puliendo y alisando por medio de la asiduidad del Antiguo Testamento y su recta interpretación, a fin de que, viniendo luego el Espíritu Santo, como una especie de punzón, pueda inscribirse la gracia y júbilo de la voz del Evangelio y de la inmortal y celeste doctrina de Cristo” (*Vida de Policarpo* 19).



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

La interpretación alegórica, muy utilizada por los escritores del N.T., fue un método puesto en práctica por los judíos alejandrinos, Filón el más representativo, adoptado por cristianos y judíos por igual. El aprecio de los cristianos por este método interpretativo, se pone de manifiesto en Jerónimo, un biblista a todas luces erudito y responsable, que no duda en inscribir a Filón entre los “escritores eclesiásticos” (*Vidas ilustres*, 11).

Precisamente la estima de Filón entre los judíos fue la causante de ser casi ignorado por estos después de su muerte, pese al gran número de libros que escribió (véase Alfonso Roper, *Introducción a la filosofía*, cap. 2. CLIE, Terrassa 1999).

Los Padres de la Iglesia, en general, en su modo de encarar la Biblia introducen un impulso de libertad en el pensamiento cristiano y un sentido de seguridad gracias a su decidido cristocentrismo y su orientación constante hacia lo fundamental, lo que es esencial, lo que permanece y no cambia en virtud de su filiación con el Verbo divino, que es preciso rescatar.



Los Padres Apostólicos, profecía y carisma

Los primeros escritos patrísticos se conocen por Padres Apostólicos, debido a su estrecha relación con los apóstoles, de quienes se cree fueron discípulos directos. Si bien es cierto que, en algunos casos, las modernas investigaciones presentan serias dificultades en afirmar que todos ellos tuvieron contacto directo con los apóstoles, de lo que no hay duda alguna es de que sus escritos son un verdadero tesoro que nos transmite de forma directa el pensamiento y las costumbres de la Iglesia primitiva en su interpretación de las enseñanzas del Señor.

La mayoría de estas obras se escribieron en griego *koiné*, la lengua común de la época. Tertuliano, en el siguiente siglo, es uno de los primeros en escribir en latín, que llegará a ser la lengua oficial de la Iglesia occidental. Son escritos sencillos en lo que se refiere a fondo y forma. Su importancia deriva del hecho de que sus autores estuvieron directamente vinculados a los apóstoles de Cristo o su entorno inmediato y representan un eslabón imprescindible en la gran cadena espiritual que une la Iglesia primitiva con las generaciones siguientes. Aunque pocos en número, los escritos de los llamados Padres Apostólicos cubren todo el siglo II y nos orientan sobre la dirección que estaba tomando la doctrina y práctica cristianas.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Por el testimonio de los Padres Apostólicos que hoy tenemos –seguro que nos faltan más somos capaces hoy día de detectar lo que es espurio en el canon de la Escritura de lo que es verdadero, tan constante es su referencia a los libros bíblicos. Reflejan la preocupación por mantener y transmitir la enseñanza apostólica que han recibido de labios de los mismos apóstoles.

Su misma dependencia respecto a los escritores del primer siglo, nos muestra la superioridad de éstos y la alta estima en que fueron tenidos por la Iglesia desde el principio.

Son inferiores a los escritos del Nuevo Testamento en cuanto son conscientes de estar viviendo de la tradición apostólica y bajo la autoridad de las verdades proclamadas al principio, “en el cumplimiento del tiempo”.

De algún modo enseñan que la época apostólica no consiste en recibir nuevas revelaciones del Espíritu, sino en entender y transmitir fielmente la “fe dada una vez a los santos” (Jud. 1:3).



Príncipe de Paz

Ministerios Bíblicos

La gran estima de que gozaron estos escritos en el cristianismo antiguo se refleja sobre todo en el hecho de que casi todos ellos fueron contados entre los libros inspirados o sagrada Escritura y puestos en la lista de libros canónicos o tenidos por normativos en muchas comunidades cristianas.

La Primera Carta de Clemente fue temporalmente una parte integrante del canon neotestamentario en las iglesias egipcia y siria. El Pastor de Hermas estuvo durante siglos en el canon de muchas iglesias. Clemente de Alejandría no se cansa de citarlo como libro inspirado. Otro tanto hacen Ireneo y Orígenes, aunque ésta ya constata que “el pequeño libro del Pastor parece ser despreciado por algunos” (De principiis, IV, 1,11).

Por otra parte, los Padres Apostólicos sirven como puente entre los escritores neotestamentarios y los grandes apologistas del siglo III; constituido por mártires que tienen que enfrentar una persecución tras otra. Época de actos heroicos sin tiempo ni posibilidad de elaborar grandes sistemas doctrinales, debido a la precariedad de su existencia amenazada.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Como ha escrito A. A. Cox, el siglo segundo no es una era de escritores, sino de soldados; no de predicadores, sino de mártires, de testigos que pagan con su propia sangre su confesión de fe en Cristo.

Históricamente, la época de los Padres es el período en el que se dan los primeros pasos en el planteamiento el gobierno de la Iglesia y la fijación de ciertas doctrinas, contra las herejías nacientes como el docetismo y el gnosticismo.

Sobre todo, se observa en ellos una preocupación por mantener la unidad de la Iglesia y la pureza de la vida cristiana. Se trata, por tanto, de testimonios de alto valor humano y doctrinal.

La *Didaché* o el *Pastor* de Hermas enlazan las primeras comunidades carismáticas, tipo Corinto, con el cristianismo posterior, cada vez más centrado en el ministerio jerárquico de los obispos. Dotados del carisma profético se nos presentan los grandes obispos Ignacio y Policarpo.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

En la *Didaché* o el *Pastor* los profetas gozan de más prestigio que los obispos, presbíteros o ancianos. En su polémica con el judío Trifón, Justino apela al carisma profético presente en la Iglesia para demostrar que ésta es la sucesora de Israel: “Entre nosotros, aun hasta el presente, se dan los carismas proféticos. Por donde hasta vosotros tenéis que daros cuenta de que los que en otros tiempos se daban en vuestro pueblo han pasado a nosotros” (*Dial.*, 82).

Hacia el año 180, Ireneo atestigua este mismo hecho: “Con frecuencia oímos hablar de hermanos que tienen en la iglesia el carisma profético, y que, por la virtud del Espíritu Santo, hablan en todo género de lenguas y, con miras a la utilidad, manifiestan los secretos de los hombres e interpretan los misterios de Dios” (*Contra las herejías*, V, 6,1).

La decadencia del profeta se debe sin duda al peligro que ya se apunta en el Nuevo Testamento en cuanto a los falsos profetas que proliferan en todas partes (1ª Jn. 4:1), y el abuso de la profecía por parte de Montano, con sus sueños sobre el Paráclito y la Jerusalén celestial. Sin embargo, como señala Daniel Ruiz Bueno, ni “aun en la crisis montanista se niega en principio la autoridad profética, sino los desvaríos que pudieran ampararse de supuestas profecías”.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Pobreza doctrinal del siglo II

Para los teólogos y estudiosos de la historia del dogma este es un período que contrasta, por su simplicidad y pobreza teológica, con los escritos apostólicos. Es, dicen, como bajar del pináculo de la montaña a la que Pablo se ha elevado al valle que vive de los riachuelos que bajan de la cumbres. Los escritos de los Padres Apostólicos son sencillos comparados con los del Nuevo Testamento.

Esto es cierto, pero hay que entenderlo en su justa perspectiva. En los escritos del Nuevo Testamento habla la experiencia directa de Cristo y sus inmediatos discípulos, en los otros los creyentes que abiertamente confiesan su rango de discípulos frente a los superiores maestros apostólicos, a quienes no pretenden enmendar, sino emular, en cuanto testigos privilegiados de la manifestación de la Verdad encarnada, principio y fundamento normativo de la fe cristiana para todas las épocas.



Príncipe de Paz

Ministerios Bíblicos

“En ellos –escribe G. P. Fisher– perdemos, falta la profundidad y poder de los escritores canónicos” (*History of Christian Doctrine*. T&T Clark, Londres 1901). “Al pasar del estudio del Nuevo Testamento a los Padres Apostólicos, uno es consciente del cambio tremendo. No hay la misma frescura ni originalidad, profundidad ni claridad” (L. Berkhof, *History of Christian Doctrines*, p. 38, BT, Edim- burgo 1985).

“Con la excepción de Ignacio de Antioquía, sus escritos son de una gran pobreza teológica, caracterizados por un moralismo que los distingue tanto de los libros del Nuevo Testamento como de las obras de los padres posteriores” (Oscar Cullmann, *El diálogo está abierto*, p. 150, Marova, Barcelona 1972).

El historiador católico Henry Rondet comparte esta misma valoración protestan- te de los Padres Apostólicos. Escribe que aunque estos “profesan la misma fe y la misma práctica sacramental, su teología, comparada con la riqueza de las epístolas de Pablo, es todavía rudimentario” (*Historia del Dogma*, p. 31. Herder, Barcelona 1972).”



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Creo que estos y otros autores se han dejado llevar por un concepto intelectualista del dogma, sin prestar demasiada atención a los factores históricos que intervienen en el desarrollo de las ideas y las doctrinas.

Es cierto que en los Padres Apostólicos no aparecen los grandes temas teológicos de la elección y justificación de los pecadores tal como se presentan en Pablo, siempre estudiado y siempre por estudiar, pero es que, por un proceso natural de las primeras comunidades cristianas, urgía enfrentar un tema tan paulino como el de la santificación y unidad de la Iglesia, amenazada una y otra vez por quienes convertían su doctrina de la gracia en una excusa para el rechazo de toda norma y modelo de buena conducta; amenazando incluso la integridad social de las comunidades mediante la formación de partidos y subsiguientes cismas.

“¿Pecaremos, porque no estamos bajo de la ley, sino bajo de la gracia? –se pregunta Pablo– En ninguna manera” (Ro. 6:15). “Y os ruego hermanos –escribe Pablo a renglón seguido–, que miréis los que causan disensiones y escándalos contra la doctrina que vosotros habéis aprendido; y apartaos de ellos” (Ro. 16:17).



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

A estos dos graves problemas responden prioritariamente los escritos de los llamados Padres Apostólicos, con el riesgo, naturalmente, de ir al otro extremo de enfatizar la santidad y buenas obras de los creyentes por encima de la gratuidad de la salvación mediante la fe en Cristo. Pero resulta muy difícil juzgar unos autores, y todo un siglo, por los escasos escritos que no han llegado, y la mayoría de ellos, escritos tan circunstanciales como las cartas de Clemente o Ignacio.

La fe y no las obras, dice Clemente con clara conciencia del mensaje evangélico, es el único elemento que justifica en ambas dispensaciones, en el Antiguo y el N.T. Todos los judíos “fueron glorificados y engrandecidos, no por causa de ellos mismos o de sus obras, o sus actos de justicia que hicieron, sino por medio de la voluntad de Dios.

Y así nosotros, habiendo sido llamados por su voluntad en Cristo Jesús, no nos justificamos a nosotros mismos, o por medio de nuestra propia sabiduría o entendimiento o piedad u obras que hayamos hecho en santidad de corazón, sino por medio de la fe, por la cual el Dios Todopoderoso justifica a todos los hombres que han sido desde el principio” (1 Cle. 32).



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Policarpo escribe a su vez: “Vosotros sabéis que es por gracia que somos salvos, no por obras, sino por la voluntad de Dios por medio de Jesucristo” (*Pol.* 1). “¿Qué otra cosa aparte de su justicia podía cubrir nuestros pecados? –se pregunta Hermas– ¿En quién era posible que nosotros, impíos y libertinos, fuéramos justificados, salvo en el Hijo de Dios?

¡Oh dulce intercambio, oh creación inescrutable, oh beneficios inesperados; que la iniquidad de muchos fuera escondida en un Justo, ¡y la justicia de uno justificara a muchos inicuos!” (*Pastor*, 9).

Desde estos presupuestos de la salvación por gracia, mediante la fe y no las obras, es como debemos entender sus llamamientos al arrepentimiento y a las buenas obras, o frutos por los que se conoce el cristiano.

Frente al judaísmo del que cada vez están más despegados y cara al mundo que les ve como criminales, los cristianos del segundo siglo estaban en la imperiosa necesidad de “mostrar la fe por sus obras” (*Stg.* 2:18).

En las cartas neotestamentarias de Juan y Pablo ya observamos la creciente amenazada de la unidad interna de las iglesias, preocupación y peligro que iría creciendo a medida que nuevas personas, de diferentes trasfondos religiosos y culturales, iban aceptando la fe.

A mantener la unidad de la Iglesia, cualquiera que fuera su localización geográfica, política y religiosa, se dedican las cartas de Ignacio, Clemente, Hermas, Policarpo y, en realidad, todos los Padres Apostólicos, no por otro motivo gozaron de tan buena aceptación en el cristianismo antiguo, hasta el punto de figurar en el canon de algunas iglesias, por encontrar en ellas la respuesta a los problemas que les angustiaban entonces: la buena conducta de los creyentes y la unidad de la Iglesia en el vínculo de la paz, siempre amenazada por personas de dentro y de fuera, por herejes y cismáticos.

En este sentido son documentos que es preciso leer una y otra vez para apreciar la alta estima en que era tenida la concordia de los hermanos cara al mundo y cara a la propia salud de las comunidades cristianas. De algún modo nos indican que para hacer buena teología, que pertenece a los siglos posteriores, es preciso contar con el respaldo de una Iglesia unida que favorezca el desarrollo de la doctrina evangélica en la armonía conjunta de su múltiple riqueza de matices, profundidad y variedad



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

“Procura que haya unión –exhorta Ignacio a Policarpo–, pues no hay nada mejor que ella. Soporta a todos, como el Señor te soporta. ‘Toléralo todo con amor’ (Ef. 4:2), tal como haces. Entrégate a oraciones incesantes.

Pide mayor sabiduría de la que ya tienes. Sé vigilante; y evita que tu espíritu se adormile. Habla a cada hombre según la manera de Dios. Sobrelleva las dolencias de todos, como un atleta perfecto. Allí donde hay más labor, hay mucha ganancia” (*Ig. a Pol. 1*).

El tema de la unión intraeclesial en un cristianismo dividido y desgarrado por múltiples motivos e intereses, teológicos, históricos y políticos, sigue siendo una asignatura pendiente para los creyentes en la actualidad, tan angustiosa y apremiante como fue al principio.

De algún modo, los Padres de la Iglesia no caen de la altura paulina, sino que preparan el terreno para que esta se pueda dar y no quedar obscurecida por grupos y partidos que obedecen siempre a los intereses de una persona y no a los de Cristo.



Príncipe de Paz
Ministerios Bíblicos

LA DIDACHÉ o ENSEÑANZA DE LOS APÓSTOLES

Como escribió Vielhauer, la publicación de la *Didaché* (pronunciada *Diadajé*) por su descubridor, Philotheos Bryennios, metropolitano de Nicomedia, el año 1883, y por Adolf Harnack en el 1884, causó una gran sensación sólo comparable a los hallazgos de Qumrán en nuestra época.

Al fin se poseía el texto de una obra de la que sólo era conocido el título por testimonio de la iglesia antigua, una obra cuyo contenido obligaba a revisar la imagen tradicional del cristianismo primitivo, especialmente la historia de su constitución.

La *Didaché* es un manual de la iglesia del cristianismo primero, también llamada *Doctrina de los apóstoles* o *Doctrina del Señor a las naciones por medio de los doce apóstoles*. Esta última designación aparece en el manuscrito de Bryennios; pero la primera es la que han usado varios escritores antiguos para referirse a la misma.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

El manual consiste en dos partes:

- 1) Un tratado moral conforme al modelo más antiguo de “Los dos caminos”, que presenta los caminos de la justicia y la injusticia, de la vida y la muerte, respectivamente, conocidos a los judíos, sus primeros autores quizá, y, también a los griegos, aunque indudablemente se fue aumentando con añadidos según las ideas de quienes adoptaban este modelo.
- 2) La segunda parte da instrucciones referentes a ritos y ministerios de la iglesia. Trata del bautismo, de la oración y del ayuno, la eucaristía y el ágape, el tratamiento de los apóstoles y profetas itinerantes, de los obispos y diáconos, y el conjunto termina con una solemne advertencia a la vigilancia en vista de la segunda venida de Cristo.

La sección de los “dos caminos”, también aparece de manera independiente en la *Carta de Bernabé*, lo que hace pensar que existía como fuente anterior a ambos.

La *Didaché* define los dos caminos como caminos de vida y de muerte, mientras que Bernabé se refiere a ellos como luz y oscuridad.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

La obra es, indudablemente, de fecha muy primitiva, como se ve por la evidencia interna del lenguaje y su enseñanza. Así por ejemplo, el orden profético itinerante no ha sido desplazado todavía por el ministerio localizado permanente, sino que existen el uno al lado del otro, como durante la vida de Pablo (Ef. 4:11; 1ª Co. 12:28).

En segundo lugar, el episcopado no ha pasado a ser todavía universal; la palabra “obispo” se usa como sinónimo de “presbítero”, y el escritor, por tanto, une “obispos” con “diáconos” (*Did.* 15) como hace Pablo (1ª Ti. 3:1-8; Fil. 1:1) bajo circunstancias similares. Ambos son elegidos por la comunidad mediante la ordenación.

En tercer lugar, por la expresión en *Did.* 10: “después de haberos saciado”, se ve que el ágape sigue siendo parte de la Cena del Señor.

Finalmente, la simplicidad arcaica de sus sugerencias prácticas sólo es compatible con la más tierna infancia de la Iglesia. Estas indicaciones señalan el primer siglo como la fecha de la obra en su forma presente.

a) Autor y fecha de composición

Por lo que se refiere al lugar en que fue escrita, la opinión, en principio, había sido fuertemente favorable a Egipto, debido a que la *Doctrina o Enseñanza de los apóstoles* es citada primero por escritores egipcios; pero por la alusión casual del cap. 9 al “trigo esparcido por las montañas” parece que fue escrita o bien en Siria o en Palestina.

Del autor no sabemos nada. Probablemente fue un maestro cristiano procedente del judaísmo, y ambientado en el círculo de Santiago, “el hermano del Señor”, como parecen demostrar las semejanzas en la *Didaché* y la carta de éste. Toma sus enseñanzas del Antiguo y Nuevo Testamento, si bien apenas si recurre a citas literales, sólo alude a pasajes de ellos.

El autor escribe en un tono de aseveración, sin reserva ni vacilación en lo que afirma, enseña y manda. Nadie, ni un apóstol o profeta puede quitar ni añadir a lo escrito. El redactor habla con autoridad, aunque no se presenta como depositario personal de una revelación. Quizá se trata de un apóstol fundador de una iglesia, a la que deja este breve escrito como resumen de sus enseñanzas, antes de partir hacia otro lugar, buscando fundar nuevas iglesias.

La fecha de composición va de alrededor del año 70 a los años 96-98, siempre anterior al siglo II, prolijo en herejías, no mencionadas en la *Didaché* y tan presente en los últimos escritos joánicos y en las cartas de Ignacio.

b) *Transmisión y manuscritos*

Como hemos apuntado, la *Didaché* fue descubierta por el metropolitano Bryennios en el mismo manuscrito que tiene la copia completa de la Epístola de Clemente, y es llamado el manuscrito Constantinopolitano o Hierosolimitano, por haberse encontrado en la biblioteca del Hospital del Santo Sepulcro de Constantinopla y haber sido trasladado después, en 1887, a la biblioteca del patriarcado en Jerusalén. Además de la *Enseñanza* y las *Cartas* genuinas y espurias de Clemente completas, este documento contiene la *Sinopsis* de Crisóstomo del Antiguo y del Nuevo Testamento (incompleta), la *Carta de Bernabé*, y la *Gran recensión de las Epístolas* de Ignacio. El manuscrito tiene fecha de 1056. Pero, aunque Bryennios anunció una lista del contenido de este documento en 1875, pasaron ocho años antes de que fuera publicada la *Didaché*.

Entretanto, como Eusebio y otros mencionan una obra de este nombre entre los escritos apócrifos, cundió la esperanza entre los interesados en estos estudios de que éste podía ser el libro aludido, y que arrojaría algo de luz sobre la discutida cuestión del origen de las *Constituciones Apostólicas*. Cuando al fin, en 1883, fue ofrecido el texto al mundo, se demostró que su interés e importancia excedía a las más altas expectativas. Se ha admitido en general que es la obra mencionada por Eusebio y citada también por Clemente de Alejandría como “Escritura”. Es la base del séptimo libro de las *Constituciones Apostólicas*.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

En el lenguaje y en el contenido presenta íntima afinidad con muchos otros documentos primitivos, especialmente los *Cánones Eclesiásticos* y la *Carta de Bernabé*.

Gebhardt descubrió también un fragmento de una traducción latina, que se contiene en el código de Melk, perteneciente al siglo XI. Son muy importantes los restos de una traducción copta, conservados en el papiro Oxirrincó (n. 9.271) del Museo Británico, del siglo V, traducción que procede posiblemente de la primera mitad del siglo III.

Así, aunque sólo hay un manuscrito existente de la *Didaché* en su forma presente, la incorporación de una gran parte del mismo en los escritos patrísticos y los manuales de la iglesia primitiva hace el problema de su origen y desarrollo peculiarmente interesante.



Príncipe de Paz
Ministerios Bíblicos

1 CARTA DE CLEMENTE A LOS CORINTIOS

El escrito llamado 1 Clemente es una carta de la iglesia de Roma a la de Corinto. Está motivada por la formación de un partido en la iglesia de Corinto, tan común desde su fundación en los tiempos apostólicos, que llenó de turbación a los creyentes romanos, ya suficientemente atribulados por la sanguinaria persecución de Domiciano emprendida contra ellos.

Los presbíteros corintios nombrados por los apóstoles, o sus sucesores inmediatos, habían sido depuestos de modo ilegítimo por otros más jóvenes (1 Cl.1,1; 3; 44). Era patente un espíritu de persecución de los injustos contra los justos dentro de la misma Iglesia.

Apelando a la suprema autoridad de la Escritura, Clemente les recuerda: “Habéis escudriñado las Escrituras, que son verdaderas, las cuales os fueron dadas por el Espíritu Santo; y sabéis que no hay nada injusto o fraudulento escrito en ellas. No hallaréis en ellas que personas justas hayan sido expulsadas por hombres santos. Los justos fueron perseguidos, pero fue por los malvados; fueron encarcelados, pero fue por los impíos” (1 Cl., 45).



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Esta carta, pues, tiene un claro propósito de disciplina eclesial. No es la fe o el dogma lo que está en juego, sino la disciplina y la unidad fraterna en la asamblea. Se muestra una vez más que la envidia y los intereses personales rompen la paz y la unidad más que las disputas doctrinales que, a veces, sólo son una excusa para justificar intereses que no tienen nada que ver con la ortodoxia o heterodoxia de las ideas, sino con luchas por el poder y control de la comunidad:

“¿Por qué hay contiendas e iras y disensiones y facciones y guerra entre vosotros? –les pregunta Clemente– ¿No tenemos un solo Dios y un Cristo y un Espíritu de gracia que fue derramado sobre nosotros? ¿Y no hay una sola vocación en Cristo? ¿Por qué, pues, separamos y dividimos los miembros de Cristo, y causamos disensiones en nuestro propio cuerpo, y llegamos a este extremo de locura, en que olvidamos que somos miembros los unos de los otros?” (1 Cl., 46).



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Parece ser que esta carta tuvo buena recepción y dio los frutos esperados. Corinto pasó a ser un fiel aliado de Roma en las luchas antiheréticas del siglo II. Hegesipo, que pasa por Corinto camino de Roma en los años 155-166, atestigua la fe, la unidad y el fervor de la iglesia de Corinto. Dionisio, obispo de la iglesia, informa al obispo romano Soter (166-174) de la veneración y lectura pública de la carta clementina.

Por ser un tema común y preocupante en las asambleas cristianas, la carta de Clemente disfrutó de gran estima en muchas otras iglesias. Policarpo, obispo de Esmirna y maestro de toda Asia, la utiliza hacia el año 107 en su carta a los filipenses, donde se cuentan no menos dieciséis reminiscencias pese a la brevedad de su escrito. Las versiones hechas en la antigüedad de la carta de Clemente nos dan también una idea de su difusión por el mundo cristiano.

Los apologistas católicos han utilizado 1 Clemente para probar el primado de la Iglesia de Roma, una cuestión rechazada por estudiosos modernos, tanto de un bando como de otro. El teólogo protestante Philipp Vielhauer escribe: “La antigua cuestión de si 1 Clemente es una prueba de que Roma reclamaba para sí el primado de la Iglesia, encuentra actualmente una respuesta negativa, no sólo por parte de los investigadores protestantes, sino también de los católicos. En efecto, el primado romano no implica el ministerio episcopal monárquico y la jurisdicción como elementos constitutivos.

1 Clemente no habla en absoluto del episcopado monárquico. Y la comunidad romana no poseía entonces ningún título legal ni poder alguno para una intervención jurídica; para el logro de sus objetivos debía ganarse a la mayoría de los corintios mediante la persuasión; y el tono de la carta debía acomodarse a estas circunstancias” (*Historia de la literatura cristiana primitiva*, p. 555. Sígueme, Salamanca 1991). El patrólogo católico Hubertus R. Drobner escribe por su parte: “No se puede hablar con seguridad de un primer testimonio de la reivindicación del primado romano, pues faltaban aún para ello tanto el episcopado monárquico como la necesaria jurisdicción” (*Manual de patrología*, p. 66. Herder, Barcelona 1999).

a) Autor y fecha de composición

Clemente, a quien se atribuye la autoría de esta carta, debió ser una personalidad relevante en la comunidad de Roma, uno de sus obispos o presbíteros. Pero no sabemos nada cierto de él, aparte de la posible redacción de esta carta, cuyo remitente no es una persona individual, sino la comunidad romana en su conjunto, dirigiéndose a la comunidad hermana de Corinto; lo cual no deja de ser una novedad, porque en el Nuevo Testamento ninguna carta tiene por remitente a una comunidad. Por esta razón es mencionada unas veces por los escritores cristianos antiguos como obra de la iglesia de Roma, y otras como escrita por Clemente, o enviada por él. “Clemente escribió en nombre de la iglesia romana a la iglesia de Corinto, lo que unánimemente se le atribuye”, escribe Eusebio (*Historia eclesiástica* III, 37).

Orígenes, Eusebio y Jerónimo relacionan a Clemente con el autor de la carta a los Hebreos, en cuanto compañero de Pablo y redactor de la misma, en conformidad con la mente del apóstol de los gentiles. Hay muchos puntos donde el autor de la carta a los Hebreos coincide con el Clemente a los Corintios, como el lector podrá comprobar por sí mismo. No cabe duda que Clemente conocía bien la carta a los Hebreos y que estaba familiarizado con la enseñanza de la misma sobre el Cristo glorioso, rey, sacerdote y redentor.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

La alta estima del nombre de Clemente entre las iglesias, a quien se relaciona estrechamente con los apóstoles, es patente en lo que escribe Ireneo: “Después que los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo hubieron echado los fundamentos y edificado la Iglesia de Roma, encomendaron el servicio del episcopado a Lino. De este Lino hace mención Pablo en sus cartas a Timoteo (2ª Ti. 4:21).

A Lino le sucede Anacleto y después de éste, en el tercer lugar después de los apóstoles, hereda el episcopado Clemente, el cual había visto a los bienaventurados apóstoles y tratado con ellos y conservaba todavía alojada en sus oídos la predicación de los apóstoles y su tradición ante los ojos.

Y no era él sólo, pues aún vivían muchos que habían sido enseñados por los apóstoles. Ahora bien, bajo el episcopado de este Clemente, habiendo estallado una sedición no pequeña entre los hermanos de Corinto, la Iglesia de Roma escribió una extensa carta a los corintios, demostrándoles la necesidad de paz y renovando la fe de ellos y la tradición que la Iglesia romana acababa de recibir de los apóstoles” (*Contra las herejías*, III, 3,3).



Príncipe de Paz **Ministerios Bíblicos**

Clemente fue enaltecido por la tradición con el mayor de los honores, el bautismo de sangre del martirio. De ahí surge toda una leyenda de hechos milagrosos, más bien fantásticos, que rodean su vida, propios de una novela y no de una historia mínimamente creíble. Lo único que esto prueba es la autoridad y veneración en que fue tenido en la antigüedad.

Dice la leyenda, según consta en *Martirio de san Clemente*, que a los nueve años de su episcopado fue denunciado como dirigente cristiano ante el emperador Trajano.

Detenido y llevado ante sus jueces, Clemente declaró su fe. Para no manchar sus manos con la sangre de un anciano, venerado como padre de los pobres y consolador de los desgraciados, fue condenado a trabajar en las minas de la península del Quersoneso Táurico, la Crimea actual.

Allí encontró Clemente más de dos mil cristianos condenados a trabajar en las canteras de mármol. Su presencia fue de gran aliento para ellos, víctimas inocentes de una persecución injusta. Entre otros tormentos que sufrían los mártires era la falta de agua, la cual habían de traer a costas de un lugar a más de seis millas.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Movido Clemente por las lágrimas y sufrimientos de aquellos desterrados por causa de la fe en Cristo pidió a Dios que se compadeciera de sus fieles siervos, como en otro tiempo hizo con Israel en el desierto. El Señor escuchó la oración de este nuevo Moisés y en el lugar por él señalado hizo brotar una fuente de agua fresca y abundante hasta formar un río.

Debido a la fama de este prodigio, muchos de otras partes, al verlo, pidieron el bautismo cristiano, de manera que cada día se bautizaban más de quinientas personas.

Al saber el emperador Trajano que aumentaba el pueblo cristiano, y que a los que amenazaba con el martirio marchaban gozosos a él, mandó a su general Aufidiano para que cediese a la muchedumbre y que obligase a Clemente sólo a sacrificar a los dioses del imperio; mas viéndole tan firme en el Señor y que se negaba en absoluto a cambiar de actitud, dijo Aufidiano a los verdugos: “Tomadle y llevadle al medio del mar, atadle al cuello un áncla de hierro y arrojadle al fondo, para que no puedan los cristianos recoger su cuerpo y venerarle en lugar de Dios”.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Hecho esto toda la muchedumbre estaba junto a la orilla del mar llorando. Entonces Cornelio y Febo, discípulos de Clemente, dijeron: “Oremos todos unánimes para que el Señor nos muestre el cadáver de su mártir”.

Orando, pues, el pueblo, el mar se retiró por espacio de casi tres millas y los fieles entrando por la tierra seca hallaron una habitación en forma de templete marmóreo, dispuesto por Dios, y allí tendido el cuerpo del mártir y a su lado el áncora con que fue precipitado.

Les fue revelado a sus discípulos que no sacaran de allí el cuerpo, así como se les dio también oráculo de que cada año, en el día de su pasión, el mar se retiraría durante siete días para ofrecer paso seco a los que se acercaran a venerarle.

Por este suceso todos los pueblos de los alrededores creyeron en Cristo, y así no se halla un gentil, un hebreo o un hereje entre ellos. La narración termina diciendo que los que tocaban las santas reliquias y se lavaban en el agua santificada quedaban libres de su enfermedad.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

El primer documento que atestigua el martirio de Clemente es la *Depositio Martyrium* del año 336, fecha demasiado lejana de los supuestos hechos que narra, del cual no saben nada Ireneo, Eusebio y Jerónimo.

La fecha en que fue escrita es casi simultánea con el término de la persecución de Domiciano, cuando el primo del emperador, Flavio Clemente, a quien algunos quisieran identificar con el autor de nuestra carta, pereció durante el año de su consulado (95 d.C.), o inmediatamente después, y su esposa, Domitila, que era la sobrina de Domiciano, fue desterrada, al parecer, por una acusación relacionada con el “ateísmo”, acusación típicamente cristiana.



Clemente poco antes de ser arrojado al fondo del mar con un áncla al cuello

Así lo cuenta el historiador Dion Casio: “En el mismo año (95 d.C.) mandó matar Domiciano, entre otros muchos, a Flavio Clemente, que ejercía el consulado, a pesar de ser primo suyo y estar casado con Flavia Domitila, parienta suya también. A los dos se los acusaba de ateísmo, crimen por el que fueron condenados también otros muchos, que se habían pasado a las costumbres de los judíos. De ellos, unos murieron; a otros se les confiscaron los bienes” (*Historia romana* LXVII, 14). Así, pues, la carta podría haber sido escrita en los años 96-97.

b) *Transmisión y manuscritos*

Además de las citas patrísticas, en especial las de Clemente de Alejandría, y otros padres posteriores, el texto que poseemos procede de tres fuentes:

- 1) El famoso manuscrito uncial Alejandrino del Nuevo Testamento (*Codex Alexandrinus*, A) en el Museo Británico, que pertenece al siglo V, al cual se añade una especie de apéndice, junto con la llamada Segunda Epístola de Clemente a los Corintios, que es espuria. Este manuscrito está mutilado al final de las dos epístolas, además de estar rasgado o ser ilegible en muchos pasajes de la primera. De este manuscrito se publicó la *editio princeps*, de Patricio Junio (1633).



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

- 2) El manuscrito Constantinopolitano o Jerosolimitano, que pertenece a la biblioteca del patriarca griego de Jerusalén, cuya residencia principal se halla en Constantinopla. De este manuscrito fueron impresas las dos Epístolas de Clemente (la genuina y la espuria), por primera vez totalmente (1875) por Bryennios, entonces metropolitano de Serræ, pero ahora patriarca de Nicomedia. Este manuscrito es de fecha 1056 d.C.
- 3) La traducción siríaca, en posesión de la Biblioteca de la Universidad de Cambridge, con fecha 1170 d.C. Contiene 1 y 2 Clemente. La versión copta se contiene en un manuscrito de la Biblioteca de Berlín. El código pertenece al siglo IV, proveniente de la biblioteca del monasterio de Schnudi de Atriipe. En él faltan cinco hojas, correspondientes a los capítulos 34-45. Existe además un papiro copto del siglo V, guardado en la biblioteca universitaria de Estrasburgo, cuya versión es distinta del manuscrito de Berlín y llega hasta el capítulo 26.

Las relaciones de estas autoridades son discutidas plenamente en la edición extensa de Clemente por Lightfoot. Aquí basta decir que el *Codex Alexandrinus*, siendo el más antiguo, es asimismo el que tiene más autoridad; pero, debido a las lagunas y otras razones, las otras dos autoridades tienen muchísimo valor en diferentes sentidos.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

2 CARTA DE CLEMENTE A LOS CORINTIOS

La llamada Segunda carta de Clemente a los Corintios sigue inmediatamente a la primera en los tres manuscritos (*Codex Alexandrinus* y de Jerusalén y en un manuscrito sirio, y, al parecer, en ellos es atribuida a Clemente.

Sin embargo, nada prueba este aserto, sino todo lo contrario, porque aunque era conocida por los padres del siglo cuarto y más tarde, no es citada por los escritores anteriores como obra de Clemente. Hasta Eusebio duda de su autenticidad: “Hay que señalar que, según se dice, existe una segunda carta de Clemente; pero sabemos que no es aceptada del mismo modo que la primera, porque no tenemos noticia de que la utilizaron los antiguos” (Eusebio, *Hist. Ecl.*, III, 38,4).

La evidencia interna misma de este escrito, tanto del estilo como de la doctrina, no dan pie a atribuirle al mismo autor que al de la primera. Hay algunas indicaciones (2 Cl. 7) de que fue escrita o pronunciada en primera instancia para los corintios, pero su lenguaje y su carácter indican que se trata más bien de una homilía que de una carta. Este punto de vista ha sido confirmado por el descubrimiento a finales del siglo pasado de la segunda mitad de la carta. El que habla se dirige a sus oyentes más de una vez hacia el final como “hermanos y hermanas” (2 Cl. 19, 20).

Puesto que 2 Clemente falta en todos los elementos epistolares de costumbre, podemos afirmar que no se trata de una carta, sino que es un sermón, la homilía cristiana más antigua que se conserva. Es un sermón escrito y destinado a ser leído en el marco del culto cristiano, precedido de una lectura bíblica.

a) La predicación más antigua

Como producción literaria no tiene mucho valor, pertenece al género de la exhortación y no del diálogo, pero es interesante como muestra del ejemplo más antiguo de predicación que poseemos, que según Garvie, representa “la transición de la profetización a la predicación” (A. E. Garvie, *Historia de la predicación cristiana*, p. 100. CLIE, Terrassa 1987).

Se trata, pues, de una homilía que fue pronunciada a continuación de una lectura bíblica en el marco del culto comunitario, como parece indicar su inclusión en el código Alejandrino. La *homilía*, que originalmente se refería a una conversación o discurso familiar entre pocas personas, es la más genuina y antigua forma de predicación cristiana, de origen judío, como tantas otras formas de culto cristiano tomado en gran parte del modelo de las sinagogas. Frente al sermón (latín *sermo*), de carácter más elaborado y retórico, la homilía es un género sencillo y humilde de predicación, propio del pueblo llano; una explicación simple y familiar de un texto bíblico determinado.

Según el judío alejandrino Filón: “En las sinagogas, uno toma los Libros y lee, y otro, de los de más pericia, se levanta a explicar los pasajes oscuros” (*De sap.* 12). Baste recordar la imagen impresionante de Jesús en la sinagoga de Nazaret (Lc. 4:15-22).

Los griegos y los romanos se preparaban a conciencia para el arte de la retórica, pues los *rhétores* intervenían en las leyes y el gobierno, confiados más en la magia y el hechizo de la palabra, que en las razones del tema en cuestión. Frente a ellos, los apóstoles escogen el tono familiar e íntimo de la homilía, confiando en la unción del Espíritu. “Y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, mas con demostración del Espíritu y de poder; para que vuestra fe no esté fundada en sabiduría de hombres, mas en poder de Dios” (1ª Co. 2:4-5).

“El día que llaman del sol –escribe Justino Mártir–, todos, tanto los que viven en las ciudades como en los campos, nos reunimos en un mismo lugar y se leen los *Recuerdos de los Apóstoles* o los escritos de los profetas, mientras el tiempo lo permite. Posteriormente, terminada la lectura, el presidente toma la palabra para amonestar y exhortar a la imitación de estos hermosos ejemplos” (*Apología* 1,67).

Precisamente una exhortación fue originalmente 2 Clemente, a juzgar por sus palabras: “Por tanto, hermanos y hermanas, después de haber oído al Dios de verdad, os leo mi exhortación a fin de que podáis prestar atención a las cosas que están escritas, para que podáis salvaros a vosotros mismos y al que lee en medio de vosotros. Porque os pido como recompensa, que os arrepintáis de todo corazón y os procuréis la salvación y la vida” (2 Cl. 19).

El anónimo predicador exhorta a observar los mandamientos de Cristo, en respuesta a la redención obtenida por Cristo. La referencia a la grandeza de la salvación con que abre su escrito nos recuerda textos paralelos en Efesios y 1ª Pedro.

En la primera parte expone la magnitud de la redención y en la segunda los deberes de los creyentes que han sido redimidos. Recurre por igual a la autoridad de las Escrituras hebreas, en la versión griega Septuaginta, y a las palabras del Señor Jesús, algunas de las cuales no se mencionan en los evangelios canónicos, y que debían formar parte de algún evangelio apócrifo desconocido para nosotros.

b) *Autor y fecha de composición*

Imposible saber quién fue su autor. Al principio esta homilía se difundió como obra anónima, pero la favorable acogida que tuvo hizo que se atribuyera a Clemente romano y bajo este nombre tan prestigioso se le otorgó durante un tiempo en Egipto y Siria una autoridad casi canónica. Según algunos autores, esta homilía o sermón guarda relación con 1 Clemente, porque los presbíteros ancianos después de haber sido rehabilitados en su ministerio, habrían redactado un discurso de exhortación que uno de ellos expuso luego a la asamblea de la comunidad. Lo único fiable que podemos decir sobre este escrito es que su composición debió tener lugar en la primera mitad del siglo segundo, probablemente entre los años 120 a 150 d.C.

Con todo, es posible barruntar que el autor de 2 Clemente procede del paganismo y se dirige a una comunidad formada también por creyentes en otro día paganos. Han pasado los tiempos del judeocristianismo y el nuevo Israel de Dios se siente superior y ajeno al reprobado Israel según la carne. Seguramente era un creyente romano, dado el carácter práctico de su cristianismo, nada dado a especulaciones. Además, como señala Ruiz Bueno, se han notado importantes coincidencias de fondo y forma con el *Pastor* de Hermas, de innegable romanidad, y al que se le asigna fecha aproximada a la de esta homilía.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Concluimos, pues, que la importancia de esta carta, junto a la anterior, es que nos traen un eco de aquella palabra viva y permanente de la predicación primera, la de aquellos que desde el principio fueron testigos y ministros del Verbo, como escribe magistralmente Daniel Ruiz Bueno.

“Una y otra son fruto de un cristianismo profundo, muy romano, que no transige absolutamente con el mal, poco amigo de la especulación, hondamente arraigado en la fe de Jesucristo, de quien ‘hemos de sentir como de Dios que es, como de juez de vivos y muertos’.

Si no buscamos lo que jamás buscó el cristiano primitivo en la predicación, aun podemos edificarnos nosotros hoy mezclándonos con estos hermanos y hermanas nuestros de hacia el año 140, que escucharon un día la voz ungida y fervorosa de este predicador romano, corintio, alejandrino... En definitiva, predicador, como Pablo, de Jesucristo, y no de sí mismo. Como que ignoramos hasta su nombre” (“Introducción a la Segunda Carta de San Clemente”, en *Padres Apostólicos*, p. 353. BAC, Madrid 1985, 5ª ed.).



Príncipe de Paz
Ministerios Bíblicos

CARTAS DE IGNACIO MÁRTIR

Las siete cartas de Ignacio fueron escritas en los primeros años del segundo siglo mientras el escritor se dirigía desde Antioquía a Roma, después de haber sido condenado a muerte, y conducido por un pelotón de soldados con destino a las fieras del anfiteatro Flavio, para goce y solaz del *populus romanus*. Pueden subdividirse en dos grupos, escritos en dos puntos distintos en que se hizo alto en el camino.

Las cartas a los Efesios, Magnesios, Trallianos y Romanos fueron enviadas desde Esmirna, donde Ignacio se alojaba y estaba en comunicación personal con Policarpo, el obispo de la iglesia en aquella ciudad. Las tres cartas restantes –a los de Filadelfia, a los de Esmirna y a Policarpo– fueron escritas en un estadio subsiguiente del camino, en Troas de Alejandría, donde también hicieron alto antes de emprender la travesía del mar hacia Europa. El punto en que fueron escritas, en cada caso, viene determinado por las noticias que hay en las mismas cartas.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

De acuerdo con la costumbre que había entonces de navegar cerca de las costas, el itinerario de Ignacio a Roma incluía las costas de Asia Menor en dirección al norte, hasta Cilicia o Panfilia. El viaje continuó luego por tierra, deteniéndose por algún tiempo en Filadelfia. Sin duda los rodeos y estancias se debieron a otras obligaciones del cuerpo de guardia, que, aunque Ignacio diga que eran semejantes a “diez leopardos”, permitían recibir visitas, predicar incluso, y escribir las cartas que poseemos.

El orden en que han sido impresas aquí es el mismo que nos da Eusebio en su *Hist. Ecl.* 3,36. No sabemos de cierto si él las halló en este orden en su manuscrito o bien si decidió los lugares en que fueron escritas, tal como podemos hacer nosotros, por la evidencia interna y las ordenó en consecuencia. Puestas en este orden, forman dos grupos, según el lugar en que fueron escritas. Las cartas en sí, sin embargo, no contienen indicación alguna de su orden cronológico en sus grupos respectivos; y a menos que Eusebio simplemente siguiera su manuscrito, tiene que haber hecho una decisión respecto al orden a adoptar en cada grupo, esto es: Efesios, Magnesios, Trallianos y Romanos.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Los dos grupos, aparte de haber sido escritos en lugares distintos, pueden ser separados entre sí por otro rasgo distintivo. Todas las epístolas escritas desde Esmirna van dirigidas a iglesias que él no había visitado personalmente, y que conocía sólo por medio de los delegados de las mismas.

En cambio, todas las epístolas escritas desde Troas van dirigidas a personas con las cuales había tenido comunicación personal en alguna fase previa de su viaje, fueran iglesias (como en el caso de Filadelfia y Esmirna) o individuos (como en el caso de Policarpo).

En algún punto de su viaje (probablemente en Laodicea en el Lico), donde había una encrucijada y podía elegirse el camino, sus guardias decidieron ir por la carretera norte, que pasaba por Filadelfia y Sardis hasta Esmirna. Si hubieran seguido, en vez de ésta, la carretera sur, habrían pasado sucesivamente por Tralles, Magnesia y Éfeso antes de llegar a su destino. Es probable que, en el punto en que se separaban las carreteras, los hermanos enviaran mensajeros a las iglesias situadas en la carretera meridional, dándoles cuenta del destino del mártir; de modo que estas iglesias enviarían sus delegados respectivos sin dilación, y así llegarían a Esmirna tan pronto como llegó el mismo Ignacio, si no antes.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

El primer grupo, pues, consiste en cartas a estas tres iglesias, cuyos delegados se encontraron con él en Esmirna, junto con una cuarta carta dirigida a los cristianos de Roma advirtiéndoles de su llegada inminente allá; es probable que esta última fuera enviada por haber tenido alguna oportunidad de establecer comunicación con la metrópoli (lo cual es probable que ocurriera cuando llegaron a Esmirna).

Las tres cartas vienen ordenadas en orden topográfico (Éfeso, Magnesia, Tralles) según las distancias de estas ciudades a partir de Esmirna, que se considera como el punto de partida.

El segundo grupo consiste en una carta a los de Filadelfia, a los cuales había visitado en su camino a Esmirna, y otra a los de Esmirna, con quienes se había puesto en contacto antes de ir a Troas, junto con una tercera carta a su amigo Policarpo, que termina la serie.

El orden en el manuscrito griego, sin embargo, y en las versiones (en cuanto pueden ser seguidas) es bien distinto, y no tiene en cuenta los lugares en que fueron escritas. En estos documentos se hallan en el orden siguiente:



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

1. Esmirna
2. Policarpo
3. Éfeso
4. Magnesia
5. Filadelfia
6. Tralles
7. Roma

Este orden es congruente con la suposición de que aquí tenemos la recolección de cartas del mártir que hizo Policarpo en aquella ocasión, el cual, escribiendo a los filipenses, dice: “Las Epístolas de Ignacio que él nos envió, y otras que teníamos en nuestras manos, os las enviamos a vosotros, tal como nos indicasteis; van incluidas en esta carta” (*Carta*, 13).

Pero aunque este orden, que se da en los documentos, tiene derecho a ser considerado como la primera forma en que fueron coleccionadas las Epístolas, aquí se ha sustituido por la ordenación cronológica de Eusebio, por ser ésta más instructiva cuando hay el propósito de leerlas una a continuación de otra.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Las cartas son breves escritos de circunstancias redactados según las reglas de la epistología y de la retórica antigua, pero sin divisiones o estructuras amplias. Los temas centrales que destacan en ellas son las advertencias contra las falsas doctrinas, especialmente el docetismo; la unidad de la Iglesia y la obediencia a los obispos y la gloria del martirio.

Las seis cartas escritas a las iglesias de Asia Menor están presididas por dos temas: la subordinación al obispo monárquico y la lucha contra los herejes, con vistas a mantener la unidad de la Iglesia. Es evidente que para Ignacio el obispo monárquico garantiza la unidad de la Iglesia, a la vez que expresa su naturaleza esencial, en justa correspondencia con la unicidad de Dios.

El obispo es la imagen de Jesucristo (Ef. 6; Tral. 2); “ocupa el lugar de Dios” (Mag. 6); “figura del Padre” (Tral. 3) y sólo puede ser uno. La distancia entre él y el presbítero responde a la separación entre Dios y los apóstoles (Mag. 6; Tal. 3). “Seguid todos a vuestro obispo, como Jesucristo siguió al Padre, y al presbiterio como los apóstoles... Allí donde aparezca el obispo, allí debe estar el pueblo; tal como allí donde está Jesús, está la Iglesia universal” (Esm. 8).

Las cartas de Ignacio se difundieron con rapidez. Ya al poco de su muerte, la comunidad de Filipos pidió a Policarpo de Esmirna que les enviara copias de las cartas que tuviera, lo que Policarpo cumplió adjuntándoles un escrito de acompañamiento, gracias a lo cual poseemos no sólo la carta de Ignacio a Policarpo, sino la de éste a los filipenses: “Las cartas de Ignacio que él me envió, y tantas otras cartas como hay en posesión nuestra, os las enviamos, según nos encargasteis; y van incluidas con esta carta; de ellas vais a recibir gran beneficio. Porque hay en ellas fe y resistencia y toda clase de edificación, que pertenece a nuestro Señor” (Pol. 13).

A juzgar por estas afirmaciones se ha dicho que las cartas de Ignacio son una demostración palpable de que a principios del siglo II el episcopado monárquico era un hecho consolidado y admitido en Siria y en el Asia Menor occidental. W. Bauer ha rebatido esta opinión de un modo convincente, pues, según Bauer, “Ignacio, más que describir hechos, pinta deseos: así lo sugiere la circunstancia de que la mayor parte de sus escritos revisten la forma de la exhortación y no de la descripción”. Bauer muestra que Ignacio aspiraba a ser obispo monárquico de Antioquía o incluso de toda Siria, pero de hecho era simplemente el presidente de un grupo que sostenía una difícil lucha de supervivencia contra unos adversarios gnósticos. El episcopado monárquico es un postulado y no todavía una realidad (cit. por P. Vielhauer, *op. cit.*, p. 565).



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos



Policarpo de Esmirna recibe a Ignacio en su camino a Roma, custodiado por diez soldados parecidos a leopardos



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

a) Autor y fecha de composición

¿Quién fue Ignacio? Todo lo que sabemos con certeza sobre su vida está contenido en sus cartas y en el escrito de Policarpo. La hagiografía lo identifica con el muchacho que Jesús puso como ejemplo a sus discípulos, para darles un lección de grandeza y humildad en el reino de los cielos (Mt. 18:2). Esta leyenda fue propagada por Simeón Metafrastes en el siglo X. Para Jerónimo se trata de un discípulo del apóstol Juan. Eusebio dice que fue el segundo sucesor de Pedro en el episcopado de Antioquía de Siria (*Hist. Ecl.*, 3,36). Orígenes que el primero (*Hom. en Lucas*, 6).

Obispo de la importante iglesia de la capital Siria, Antioquía, cuna de la misión a los gentiles, parece cierto que sucedió a Evodio, primer obispo, propiamente tal de Antioquía, entre el año primero de Vespasiano (70 d.C.), y el décimo de Trajano (107 d.C.). Juan Crisóstomo, natural de Antioquía, asienta que Ignacio fue consagrado obispo de manos de los mismos Pedro y Pablo, sin embargo, no hay evidencia histórica al respecto, aunque no se puede dudar del dato de fondo, el trato y la relación inmediata de Ignacio con los apóstoles.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Apresado por los años 106 a 107 por el legado imperial, en virtud de su nombre cristiano, fue destinado a ser llevado a Roma junto a otros prisioneros, entre los que se encontraban más cristianos. Dos nombres de ellos nos son conocidos, Zósimo y Rufo (*Carta de Policarpo*, 1;9;13).

En el camino del martirio de Ignacio, que, a juzgar por los escritos dejados, más que un penoso viaje a la muerte parece la marcha triunfal de un atleta del espíritu, va encontrándose con hermanos de todas las iglesias de su recorrido que salen a saludarle como campeón y héroe de la fe. “Su valor personal, como cristiano y como escritor, escribirá Harnack, aproxima a Ignacio, más que a cualquiera otros, a los grandes apóstoles Pablo y Juan, por más que aún quede lejos de ellos.”

En Esmirna, Ignacio fue recibido como “embajador de Jesucristo”, por Policarpo, discípulo de Juan y pastor de la comunidad en aquella ciudad. Desde aquí, gracias a una estancia bastante larga, dictó Ignacio cuatro de sus cartas: a los efesios, a los magnesios, a los trallenses y a los romanos. Las otras tres las dictó en la próxima parada, en Alejandría de Troas, puerto de la costa occidental de la Tróada.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

En el mismo lugar donde el apóstol Pablo oyó la voz del macedonio que le pedía que pasase al otro lado del mar, a las tierras de Europa. En Tróade le llegó a Ignacio la buena noticia de que su amada iglesia de Antioquía gozaba de paz (*Fld.* 10; *Esm.* 11; *Pol.* 7). Esta noticia se la transmitió el diácono cilicio Filón y un cristiano sirio llamado Reo Agatopo, que fueron a buscarle pasando por Filadelfia y Esmirna.

De Alejandría de Troas el convoy de presos partió hacia Samotracia y Filipos, donde los creyentes escribieron, después del paso de los mártires, una carta a Policarpo, solicitando copias de las cartas de Ignacio.

La carta a los romanos es interesante, por contener más datos biográficos y dar a entender que los cristianos de Roma tenían cierta influencia en las capas del gobierno, pues a Ignacio le ha llegado el rumor de que la comunidad romana está gestionando la anulación de su condena, lo que él rechaza con vehemencia. “Escribo a todas las iglesias, y hago saber a todos que de mi propio libre albedrío moriré gustoso por Dios, si vosotros no lo impedís. Os exhorto, pues, a no hacerme un favor fuera de tiempo...”

Tened paciencia conmigo, hermanos. No me impidáis el vivir; no deseéis mi muerte. No entreguéis al mundo a quien anhela ser de Dios, ni le seduzcáis con cosas materiales. Permitidme recibir la luz pura. Cuando llegue allí, entonces seré un hombre. Permitidme ser un imitador de la pasión de mi Dios. Si alguno le tiene a Él consigo, que entienda lo que deseo, y que sienta lo mismo que yo, porque conoce lo que me apremia” (Ro. 4; 6).

Según parece se calculó que el viaje de Ignacio, y el resto de la cuerda de presos, llegara a Roma antes del fin de las fiestas que celebraban, con pompa inaudita hasta entonces, el triunfo del emperador Trajano, de origen hispano, sobre los imbatibles dacios en el año 106, tras largo enfrentamiento.

La celebración de esa victoria se iba a marcar con una carnicería de hombres y fieras en el circo. Estas fiestas duraron ciento veintitrés días –buena parte del año 107–. Diez mil gladiadores perecieron en ellas, así como doce mil animales, según Dión Cassio, entre cuyas garras y colmillos perecieron Ignacio y sus compañeros de viaje, según la costumbre de arrojar los condenados a las fieras.

Según las *Actas de los mártires*, Zósimo y Rufo murieron el 18 de diciembre de 107, Ignacio dos días después, el 20, durante las *venationes* con que se celebraban las *Saturnalias*.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos



Los cristianos, según el *Martyrium*, se apresuraron a recoger los huesos que las fieras no trituraron y, puestos, en una caja fueron transportados a Antioquía, como reliquias preciosas y veneradas, aunque las verdaderas reliquias de Ignacio son de orden espiritual, las cartas que dejó como tesoro, cartas que desde el principio, aun antes de ser selladas con la sangre del martirio, fueron solicitadas por la comunidad filipense, y más tarde traducidas al latín, siríaco, armenio y otras lenguas.

Interior del Coliseo romano, donde Ignacio sufrió el martirio

b) *Transmisión y manuscritos*

Nuestros documentos para las cartas de Ignacio son los siguientes:

1. El manuscrito del original griego, el famoso Códice Mediceo, en Florencia, del cual Voss publicó la *editio princeps* en 1646. Es incompleto en el final y no contiene la Epístola a los Romanos. Si este manuscrito había sido *emendatissimus*, como lo describe Turrianos, no nos habríamos preocupado mucho con el mismo en nuestro texto. Pero como esto dista mucho de ser cierto, las autoridades secundarias son de extrema importancia para establecer el texto o sus variantes.
2. Entre éstas la Versión Latina ocupa el primer lugar, puesto que es una traducción en extremo literal del original. Fue descubierta por James Ussher en bibliotecas de Inglaterra en dos manuscritos, uno de los cuales se ha perdido desde entonces, y fue publicada por él en 1644.

Con toda seguridad fue traducida en Inglaterra probablemente por Robert Grosseteste, obispo de Lincoln (sobre el año 1250), o en su círculo inmediato. Muestra una forma mucho más pura del texto, ya que se ve libre de varias corrupciones y unas pocas interpolaciones y omisiones que desfiguran el griego.

Al mismo tiempo, sin embargo, se ve claro, tanto por el contenido de la colección como por otras indicaciones, que esta versión fue traducida de un manuscrito griego del mismo tipo que el manuscrito griego existente; y, por tanto, su valor, para comprobación del texto de este manuscrito, es limitado. Siempre que el Códice Mediceo y la Versión Latina coinciden, hay que suponer que tenemos un testigo, no dos.

3. La Versión Siria tendría, por tanto, un valor inmenso como una comprobación independiente si la poseyéramos completa, puesto que su fecha no puede ser mucho más tardía del siglo cuarto o quinto, y exhibiría el texto con mayor proximidad a la fuente que los manuscritos griego o latino. Por desgracia, sin embargo, sólo se han preservado unos pocos fragmentos de esta versión. Pero este defecto es compensado en gran parte en dos formas.

Primero. Tenemos una Abreviación aproximada, o Colección de extractos de esta Versión Siria de tres de estas epístolas (a Éfeso, a Roma y a Policarpo), junto con un fragmento de una cuarta (a Tralles), que preservan cláusulas enteras y aun párrafos en su forma original o con sólo leves cambios. Segundo. Hay en existencia también una Versión Armenia del conjunto, hecha de la Siria.

Esta última, sin embargo, ha pasado por muchas vicisitudes, de modo que con frecuencia es difícil discernir el texto griego original subyacente en este texto terciario. Se puede ver que la Versión Armenia-la Colección de extractos no tiene autoridad independiente, allí donde se es conocida de otras formas, y que la Versión Siria-la Versión Armenia-la Colección de extractos, tiene que ser considerada como un testigo, no como tres.

4. Existe también un fragmento de una Versión Copta, en el dialecto sahídico (tebaico) de la lengua egipcia, que comprende los seis primeros capítulos de la Epístola a los de Esmirna, además del final de una Epístola espuria a Herón. La fecha de esta versión es incierta, aunque probablemente es primitiva; pero el texto se ve muy independiente de las otras autoridades que poseemos, y por tanto es de lamentar que se haya preservado tan poco.

5. Otro testigo completamente independiente es el Texto griego de la Gran Recensión de las Epístolas de Ignacio. Esta Gran Recensión consiste en las 7 epístolas genuinas, pero interpoladas entre ellas hay otras 6 epístolas adicionales (María a Ignacio, Ignacio a María, a los de Tarso, a los de Filipos, a los de Antioquía y a Herón). La Versión Latina de la Gran Recensión no tiene valor independiente, y sólo es importante para ayudar a determinar la forma original de esta recensión. La práctica de tratarla como una autoridad independiente sólo da lugar a confusión.



Príncipe de Paz

Ministerios Bíblicos

El texto de la Gran Recensión, una vez lanzado al mundo, siguió su propia historia, que debe ser mantenida por completo aparte de la de las Epístolas de Ignacio genuinas. Si atendemos al propósito de determinar el texto de estas últimas, hemos de limitarnos a su forma original.

La Gran Recensión fue construida por algún autor desconocido, probablemente en la última mitad del siglo cuarto, a partir de las Epístolas de Ignacio, mediante interpolaciones, alteraciones y omisiones.

Por tanto, si podemos discernir en algún pasaje dado el texto griego de las epístolas genuinas que este autor tenía delante, hemos seguido este texto hasta un punto anterior en la corriente al de las autoridades griegas y latinas, y probablemente incluso al de la Versión Siria.

Sin embargo, esto no siempre es fácil de hacer, a causa del carácter libre y caprichoso de los cambios. No hay manera de establecer regla alguna de aplicación universal. Pero el que hizo las interpolaciones, evidentemente es más propenso a hacer cambios en algunos puntos que en otros; y cuando sigue su antojo, no se puede dar valor a las variaciones pequeñas. Por otra parte, allí donde se adhiere bastante al texto del auténtico



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Ignacio, por ejemplo en partes importantes de las Epístolas a Policarpo y a los Romanos, el texto de esta recensión es digno de toda consideración.

Se puede ver, pues, que aunque este testigo es altamente importante, debido a que no se puede sospechar en él colusión con otros testigos, no obstante debe ser sometido a un examen riguroso antes de que se pueda discernir la verdad que hay en sus afirmaciones.

6. Además de los manuscritos y versiones, tenemos un buen número de citas, el valor de las cuales varía según la época y la independencia.

De lo que se ha dicho antes se puede ver que, aunque cada autoridad puede ser considerada de modo aislado más o menos insatisfactoria, no obstante, como son variadas en su naturaleza, sirven de comprobación la una de la otra, proporcionando con frecuencia una de ellas precisamente el elemento de certeza que falta en la otra, de modo que el resultado es adecuado. Así la Versión Armenia con frecuencia da aquello de que carece la Gran Recensión, y viceversa. Además, se puede ver de lo que se ha dicho que a menudo una combinación de autoridades secundarias y caprichosas es decisiva en algún punto, en contra del texto directo y primario.

Por ejemplo, la combinación de la Versión Armenia-Gran Recensión, como regla, es decisiva en favor de un texto dado, en contra del testimonio más directo del Códice Mediceo-Versión Latina, a pesar de que la Versión Armenia de por sí, o la Gran Recensión de por sí, puede desviarse muchísimo, aunque en direcciones diferentes.

La explicación precedente se aplica a seis de las siete cartas. El texto de la Epístola a los Romanos tiene una historia diferente, y está representado por autoridades que le son propias. Esta epístola, en una fecha primitiva fue incorporada en las Actas Antioquianas del Martirio de Ignacio, y de este modo quedó dissociada de las otras seis.

En esta nueva asociación fue diseminada y traducida de modo separado. Así ocurre que los manuscritos griegos que contienen esta epístola (el Colbertino, 18 S Sab. y 519 Sin.) son aún menos satisfactorios que el manuscrito griego de las otras seis (el Mediceo); pero, por otra parte, tenemos más que compensación para esta inferioridad en el hecho de que las Actas del Martirio (con la epístola incorporada) fueron traducidas de modo independiente al sirio y al armenio; y estas dos versiones, que todavía existen, proveen dos autoridades adicionales al texto. Además, el Metafrasto, que compiló sus Actas de Ignacio de éste y otro martirologio, ha retenido la Carta a los Romanos en su texto, aunque en forma abreviada y alterada. De este informe se puede ver que las autoridades sobre la Carta a los Romanos se dividen en tres clases:

Además, el Metafrasto, que compiló sus Actas de Ignacio de éste y otro martirologio, ha retenido la Carta a los Romanos en su texto, aunque en forma abreviada y alterada. De este informe se puede ver que las autoridades sobre la Carta a los Romanos se dividen en tres clases:

- 1) Las autoridades que contienen la epístola como parte del martirologio. Estas son la Griega, la Latina, la Siria y la Armenia, además del Metafrasto. Estas autoridades, no obstante, son de valor distinto. Cuando la epístola fue incorporada en las Actas del Martirio, todavía se preservaba en una forma relativamente pura. Cuando ha llegado al estadio en que aparece en el manuscrito existente griego, es muy corrupta. En esta última forma, entre otras corrupciones, exhibe interpolaciones y alteraciones que han sido introducidas en la Gran Recensión. El manuscrito usado por el Metafrasto exhibe un texto que es esencialmente el mismo que el Códice Mediceo.
- 2) La Versión independiente Siria (S), de la cual sólo quedan unos pocos fragmentos, pero que es representada, como se dijo antes, por la Abreviación Siria, y la Versión Armenia.
- 3) La Gran Recensión, que en partes importantes de esta epístola se mantiene cerca del texto original de Ignacio.



Príncipe de Paz **Ministerios Bíblicos**

Aunque los principios sobre los cuales debe construirse un texto de las Siete Epístolas son suficientemente claros, se ha prescindido de ellos de modo extraño.

El primer período en la historia del texto del Ignacio genuino comienza con la publicación de la Versión Latina por el arzobispo anglicano de Armagh, James Ussher (1644), y del original griego por Isaac Voss (1646), dado a luz en Amsterdam.

El griego de la Epístola a los Romanos fue publicado por primera vez por Ruinart (1689). El texto de Voss era una transcripción muy incorrecta del manuscrito Mediceo, y en este sentido los cotejos subsiguientes han mejorado muchísimo su *editio princeps*. Pero, aparte de esto, no se ha hecho nada para enmendar el texto griego.

Aunque la Versión Latina sugiere correcciones muy evidentes, no se hizo el menor caso de las mismas por parte de los editores sucesivos, o fueron meramente indicadas por ellos en sus notas sin que las introdujeran en el texto. Tampoco se hizo caso de la ayuda que podría haber proporcionado la Gran Recensión.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Además, la costumbre de tratar los diversos manuscritos y la Versión Latina de la Gran Recensión como independientes la una de la otra y el registrarlas de modo coordinado con el griego y el latín del Ignacio genuino, en vez de usarlas aparte la una de la otra para averiguar la forma original de la Gran Recensión, y luego emplear el texto de esta Recensión, una vez averiguado, como una sola autoridad, introdujo una gran confusión en el criticismo del texto.

No se prestó atención ninguna a las citas, que en algunos casos tienen un gran valor. Por ello sucedió que durante este período que abarca dos siglos, desde Voss a Hefele (1ª ed. 1839; 3ª ed. 1847) y Jacobson (1ª ed. 1838; 3ª ed. 1847), inclusive, no se hizo nada o casi nada en favor del texto griego, como no fuera un cotejo más preciso con el manuscrito Mediceo.

El segundo período data de la publicación de las versiones orientales: la Abreviación Siria con los fragmentos sirios por Cureton (1845, 1849), y la Versión Armenia por Petermann (1849). La *editio princeps* de la Versión armenia fue publicada en Constantinopla, en 1873; pero esta versión fue prácticamente desconocida por los eruditos hasta la aparición de la edición de Petermann.

Se pusieron, pues, en manos de los críticos materiales nuevos del más alto valor; pero, a pesar del interés estimulado por la cuestión de Ignacio, pasaron casi treinta años antes de que se hiciera algún uso apropiado de ellos.

En algunos casos el fallo fue debido, en parte por lo menos, a una solución falsa de la cuestión ignaciana. Los textos de Bunsen (1847), Cureton (1849) y Lipsius (1859), que empezaron con la suposición de que la Abreviación Siria representaba al auténtico Ignacio, por necesidad tienen que haber naufragado en este escollo, aun cuando los principios adoptados fueran sanos en otros sentidos.

Petermann y Dressel (1857) mantuvieron la prioridad de las Siete Epístolas del texto de Voss a las tres de Cureton; y, hasta aquí, edificaron sobre una base sólida. Pero Petermann se contentó con una corrección somera del texto acá y acullá, partiendo de las versiones, en tanto que Dressel prescindió de ellas por completo. Jacobson (4ª ed. 1863) y Hefele (4ª ed. 1855), así como las ediciones más recientes que han aparecido de las mismas desde que se hicieron accesibles las versiones orientales, se quedaron satisfechos con registrar algunos de los fenómenos de estas versiones en sus notas, sin aplicarlas a la corrección del texto, aunque no se vieron obstaculizadas por la falsa teoría que mantenía la prioridad de la Abreviación de Cureton.



Príncipe de Paz
Ministerios Bíblicos

CARTA DE POLICARPO

La Carta de Policarpo fue escrita como respuesta a una comunicación de los filipenses. Éstos le habían invitado para que les dirigiera algunas palabras de exhortación (*Pol. 3*); le habían solicitado que transmitiera por medio de su propio mensajero la carta que ellos dirigían a la Iglesia de Siria (*Pol. 13*); y le habían pedido que les enviara cualquier epístola de Ignacio que hubiera llegado a sus manos.

Esta carta está íntimamente conectada con las cartas y martirio del mismo Ignacio. Los filipenses recientemente habían dado la bienvenida y escoltado en su camino a ciertos santos que estaban en cadenas (*Pol. 1*). En un punto posterior en la epístola se ve que Ignacio era uno de ellos (*Pol. 9*). Se mencionan dos más por su nombre, Zósimo y Rufo (*Pol. 9*).

No es una conjetura improbable suponer que estas personas, cristianos de Bitinia que habían sido enviados por Plinio a Roma para ser procesados allí, se habían unido con Ignacio en Filipos. En este caso habrían sido colocados bajo la misma escolta que Ignacio, y se habrían dirigido con él a Roma, bajo la custodia de los “diez leopardos” (Ignacio, *Rom. 5*).



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Queda claro que Ignacio –probablemente de palabra– había dado a los filipenses algunas instrucciones que él daba a las iglesias en general (*Filad.* 10; *Esmir.* 11; *Pol.* 7), que ellos enviaran cartas, y, cuando fuera posible, representantes también, para felicitar a la Iglesia de Antioquía por la restauración de la paz. De ahí la petición de los filipenses, secundada por el mismo Ignacio, de que Policarpo enviara su carta a Siria.

Queda claro, también, que habían oído, sea por medio del mismo Ignacio o de los que le rodeaban, acerca de las cartas que él había enviado a las iglesias del Asia Menor, en especial a Esmirna. De ahí su ulterior petición de que Policarpo les enviara a ellos estas cartas que tenía en posesión suya.

La visita de Ignacio había sido reciente tan reciente, en realidad, que Policarpo, aunque asume que el santo ha sufrido el martirio, todavía no tiene conocimiento cierto del hecho–. Por tanto, pide a los filipenses, que están varias etapas más cerca de Roma que de Esmirna, que le comuniquen toda información que puedan haber recibido respecto al santo y sus compañeros (*Pol.* 13).

Más allá de estas referencias a Ignacio no hay mucho que sea de carácter personal en la carta. Policarpo se refiere a las comunicaciones de Pablo con los filipenses, tanto escritas como orales (*Pol.* 3; 11).

La carta, a diferencia de las de Ignacio y en línea de continuidad con las del Nuevo Testamento, no se dirige al obispo o autoridades de la comunidad, sino a la totalidad de ésta: “Policarpo y los presbíteros que están con él a la Iglesia de Dios que reside en Filipos” (*Pol.* 1).

Cita la fama de la Iglesia de Filipos en los primeros días del Evangelio, y los felicita por mantenerse en su reputación inicial (*Pol.* 1; 11). Incidentalmente, afirma que los filipenses fueron convertidos al Evangelio antes que los de Esmirna (*Pol.* 11), una afirmación que está por entero de acuerdo con las noticias que da el N.T. sobre las dos iglesias. La justa fama de la iglesia de Filipos, sin embargo, había quedado manchada por el pecado de un matrimonio indigno. Valente y su esposa –los Ananías y Safira de la comunidad de Filipos– habían sido culpables de algún acto de codicia, quizá de fraude o falta de honradez.

Valente era uno de los presbíteros, y por ello la iglesia era el responsable más directo de su delito.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos



Policarpo expresa su gran pena. Aunque el incidente en sí sólo se menciona en un pasaje, es evidente que ha hecho una profunda impresión en él. El pecado de avaricia es denunciado una y otra vez en el cuerpo de la carta (*Pol.* 2; 4; 6; 11).

La carta es enviada por medio de un tal Crescente. También les es encomendada la hermana de Crescente, que se propone visitar Filipos (*Pol.* 14).

Policarpo escribe contra la especulación gnóstica, que tiene a Valentín por su portavoz más representativo.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

a) Autor y fecha de composición

Tenemos más información sobre la vida de Policarpo que sobre Ignacio, pese a que se ha conservado de él una sola carta. Los testimonios más antiguos sobre su persona, aparte de las propias cartas de Ignacio, es el *Martirio de Policarpo*, en realidad una carta de la iglesia de Esmirna donde informa a la iglesia de Filomelio del arresto, proceso y muerte de Policarpo, redactada poco después de su martirio.

Una tercera fuente contemporánea son los datos ofrecidos por Ireneo, que conoció en su juventud al anciano Policarpo: “Policarpo no sólo fue adoctrinado por los apóstoles y vivió en compañía de muchos que habían visto a nuestro Señor, sino también fue nombrado por los apóstoles obispo de la iglesia de Esmirna en Asia, al cual le vimos también nosotros en nuestra juventud, porque él vivió muchos años y en una vejez avanzada, después de haber dado un glorioso y brillante testimonio, partió de esta vida” (*Contra las herejías*, III, 3,4).

O según el testimonio del mismo Ireneo recogido por Eusebio: “Siendo yo niño, con- viví con Policarpo en Asia Menor.

Conservo una memoria de las cosas de aquella época mejor que de las de ahora, porque lo que aprendemos de niños crece con la vida y se hace una cosa con ella. Podría decir incluso el lugar donde el bienaventurado Policarpo se solía sentar para conversar, sus idas y venida, el carácter de su vida, sus rasgos físicos y sus discursos al pueblo. Él contaba cómo había convivido con Juan y con los que habían visto al Señor.

Decía que se acordaba muy bien de sus palabras, y explicaba lo que había oído de ellos acerca del Señor, sus milagros y sus enseñanzas. Habiendo recibido todas estas cosas de las que habían sido testigos oculares del Verbo de Vida, Policarpo lo explicaba todo en consonancia con las Escrituras.

Por mi parte, por la misericordia que el Señor me hizo, escuchaba ya entonces con diligencia todas estas cosas, procurando tomar nota de ello, no sobre el papel, sino en mi corazón. Y siempre, por la gracia de Dios, he procurado conservarlo vivo con toda fidelidad... Lo que él pensaba está bien claro en las cartas que escribió a las iglesias de su vecindad para robustecerlas o, también a algunos de los hermanos, exhortándolos o consolándolos” (*Hist. Ecl.* V, 20,3-8).



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

La tradición señala al apóstol Juan como maestro de Policarpo; Tertuliano llega a decir que fue consagrado al episcopado por el mismo apóstol (*De praescr. haer.* 32), y que Policarpo es “el ángel” de la iglesia de Esmirna.

Es significativo que ésta sea la única iglesia que se escapa sin reproches del vidente inspirado. “Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y postrero, que fue muerto, y vivió, dice estas cosas: Yo sé tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza, pero tú eres rico, y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, mas son sinagoga de Satanás.

No tengas ningún temor de las cosas que has de padecer. He aquí, el diablo ha de enviar a algunos de vosotros a la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación de diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Ap. 2:8-10).

Ignacio tampoco deja de recordar la iglesia esmirniota y a su obispo: “Siento gran afecto hacia vosotros y por los que enviasteis a Esmirna para el honor de Dios; por lo cual también os escribo con agradecimiento al Señor, y teniendo amor a Policarpo lo tengo también a vosotros” (Ig., Ef. 21).

“Os saludan los efesios de Esmirna, desde donde os estoy escribiendo. Están aquí conmigo para la gloria de Dios, como también estáis vosotros; y me han confortado en todas las cosas, junto con Policarpo, obispo de los esmirnenses” (Mag. 15). “Procura que haya unión –le exhorta–, pues no hay nada mejor que ella. Soporta a todos, como el Señor te soporta. ‘Toléralo todo con amor’ (Ef. 4:2), tal como haces. Entrégate a oraciones incesantes. Pide mayor sabiduría de la que ya tienes. Sé vigilante; y evita que tu espíritu se adormile. Habla a cada hombre según la manera de Dios. Sobrelleva las dolencias de todos, como un atleta perfecto. Allí donde hay más labor, hay mucha ganancia” (*Ig. a Pol.* 1).

En la *Vita Polycarpi* se dice que “en su enseñanza su primer cuidado era que todos sus oyentes conocieran a Dios omnipotente, invisible, inmutable, inmenso, y que Él es digno de enviar de los cielos a su propio Verbo Hijo, a fin de que, revistiéndose del hombre y encarnado verdaderamente el Verbo, salvara su propia criatura. El cual, conforme a la profecía pronunciada, cumplió, de una virgen pura e inmaculada y del Espíritu Santo, el misterio de su nacimiento, difícil de comprender para muchos, y se sometió a la pasión por la salvación de los hombres, según que por la ley y los profetas lo había de antemano anunciado Cristo de sí mismo y el Padre de su Hijo; cómo Dios le resucitó de entre los muertos, y sus discípulos le vieron en el cuerpo, como fuera antes de su pasión.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Y le contemplaron también en el mismo cuerpo subiendo a los cielos sobre una nube de luz; cuerpo tal, cual antes de la transgresión había sido plasmado en Adán. Acerca del Espíritu Santo y don del Paráclito y demás carismas demostraba que no es posible darse fuera de la Iglesia católica, al modo que tampoco un miembro cortado del cuerpo tiene fuerza alguna, probándolo por todas las Escrituras, como aquello de Daniel: 'Y su reino no será entregado a otros' (Dn. 2:44). Y en el Evangelio: 'María escogió la buena parte, que no le será quitada' (Lc.10:42)" (*Vida Pol.* 13).

La misma *Vida* citada, presenta a Policarpo un consumado lector de las Sagradas Escrituras desde su niñez, costumbre que aconsejaba a los demás, "diciendo que la lectura de la ley y los profetas es la precursora de la gracia, enderezando los caminos del Señor, los corazones de los oyentes, semejantes estos a las tablas en las que ciertos dogmas y sentencias difíciles, escritos antes de ser bien conocidos, se van primero puliendo y alisando por medio de la asiduidad del Antiguo Testamento y su recta interpretación, a fin de que, viniendo luego el Espíritu Santo, como una especie de punzón, pueda inscribirse la gracia y júbilo de la voz del Evangelio y de la inmortal y celeste doctrina de Cristo" (*Vida Pol.* 19).



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Esta *Vita Polycarpi*, escrita por el pseudo-Pionio, mártir del año 250 bajo Decio, abunda en elementos milagrosos sobre quien ya tenía sobrada fama de santo, adornado siempre con el carisma de la oración y el poder de la predicación bíblica: “Cuando tomaba argumento para su discurso de la Escritura, edificaba con toda demostración y certidumbre, de suerte que los oyentes veían con los ojos lo que se les decía”, y todo porque Policarpo “creía todo lo que decía” (*Vida Pol.* 18).

El final de sus días le llegó por instigación de judíos y paganos, a los que tanto había intentado convencer de la superioridad del Evangelio. Cediendo al clamor popular armado por éstos, el procónsul Quinto Estacio Cuadrado, mandó prender a Policarpo bajo la acusación del mero nombre de “cristiano”. Después de unas pequeñas peripecias, el 22 de febrero de 155, Policarpo fue conducido al anfiteatro de Esmirna, que hay que imaginar repleto de una muchedumbre siempre ávida de espectáculos procesales donde hubiera sangre y muerte violenta. El procónsul Estacio Cuadrado intimó a Policarpo en estos términos: “Jura por el genio de César, maldice a Cristo y te pongo en libertad”



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

A lo que el mártir respondió aquellas famosas palabras: “Ochenta y seis años hace que le sirvo y ningún daño me ha hecho, ¿cómo puedo maldecir a mi Rey, que me ha salvado?”

Entonces el procónsul mandó a su heraldo que pregonara por tres veces el crimen de Policarpo: “Se ha confesado cristiano”.

“A nadie que comparezca ante vuestros tribunales le castigáis –dirá después Justino en su *Apología* dirigida a Antonino Pío, y repetido por tantos otros apologistas cristianos–, si no se le convence de crimen; con nosotros en cambio, toda vuestra prueba se reduce a nuestro nombre de cristianos” (*Apol.* 1,4).

“Este es el doctor de Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses, el que enseña a muchos a no rendirles culto, ni adorarlos”, se acusa a Policarpo. El populacho, desde las gradas, pide a gritos que se suelte un león contra él. Pero el asiarca o sacerdote del culto imperial en la provincia asiática que dirigía y en parte costeaba los espectáculos populares, se negó ello, pues había terminado oficialmente el programa de las *venationes* o combates de fieras.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Entonces, los allí asistentes pidieron que fuera quemado vivo. Policarpo entró en la pira como en un trono, con una oración en su labios, recogida por el narrador del *Martirio*:

“Señor Dios omnipotente, Padre de tu siervo amado y bendecido Jesucristo, por quien hemos recibido el conocimiento de ti, Dios de los ángeles y de las potestades, de toda la creación, y de toda la casta de los justos que viven en presencia tuya: yo te bendigo, porque me hiciste digno de llegar a este día y a esta hora, en que he de tener parte, contado en el número de tus mártires, en el cáliz de tu Cristo, para la resurrección de la vida eterna, resurrección de alma y cuerpo, en la incorrupción del Espíritu Santo.

¡Sea yo recibido entre ellos hoy, en presencia tuya, como sacrificio rico y agradable, conforme de antemano me lo preparaste y manifestaste y ahora me lo cumples tú, Dios infalible y verdadero. Por esta gracia y por todas las otras, yo te alabo, te bendigo, te glorifico, por mediación del eterno y celeste sacerdote, Jesucristo, siervo tuyo amado, por el cual sea a ti junto con Él y Espíritu Santo, gloria ahora y por los siglos venideros. Amén” (*Mart.* 14).

b) *Transmisión y manuscritos*

Las autoridades para el texto de la carta de Policarpo a los filipenses son las siguientes:

- 1) *Manuscritos griegos*. Estos manuscritos son nueve (Vaticanus 859, Ottobonianus 348, Florentinus Laur. vii. 21, Parisiensis Graec. 937, Casanatensis G. v. 14, Theatinus, Neapolitanus Mus. Nat. u. A. 17, Salmasianus, Andrius), y todos ellos pertenecen a la misma familia, según se ve por el hecho de que la Epístola de Policarpo se continúa en la Epístola de Bernabé sin solución de continuidad, el final mutilado de Policarpo 9, viene seguido por el comienzo mutilado de Bernabé, 5.
- 2) *Versión latina*. En la primera parte de la epístola esta versión es a veces útil para corregir el texto de los manuscritos griegos existentes; porque, aunque muy parafrástica, fue hecha de una forma más antigua del griego que éstos. Pero las dos están íntimamente unidas, según aparece por el hecho de que esta versión siempre se halla en conexión con la latina de las cartas del pseudo-Ignacio, y parece que han sido traducidas del mismo volumen que contiene las dos. Para la última parte de la epístola, desde el cap. 10 en adelante, es la única autoridad; con la excepción de porciones del cap. 12, que se preservan en sirio en pasajes de Timoteo y Severo o en otras partes, y casi todo el cap. 13, que se da en Eusebio en su Historia Eclesiástica.



Príncipe de Paz

Ministerios Bíblicos

Los manuscritos de los que se han hecho cotejos de esta parte, sea por Lightfoot o por otros, son nueve en número (Reginensis 81, Trecensis 412, Parisiensis 1639, antes Colbertinus 103, Bruxellensis 5510, Oxon. Baliolensis 229, Palatinus 150, Florentinus Laur. XXIII. 20, Vindobonensis 1068, Oxon. Magdalenensis 78).

Se puede ver que, por lo que se refiere a los manuscritos griegos y latinos, la Epístola de Policarpo está íntimamente unida con la Gran Recensión de las Epístolas de Ignacio. Este hecho, si hubiera quedado destacado, habría proyectado algún descrédito sobre la integridad del texto.

Se podría haber sospechado que la misma mano que había interpolado las Epístolas de Ignacio se había entremetido aquí. Pero la evidencia interna, y en especial el carácter alusivo de las referencias a las Epístolas de Ignacio, es decisiva en favor de su genuinidad. Por lo que se refiere a la evidencia externa, no sólo alude Ireneo, un discípulo de Policarpo, a “la muy adecuada epístola de Policarpo escrita a los filipenses”, sino las citas de Eusebio, Timoteo y Severo, con los otros fragmentos sirios, son un testimonio de alta importancia. Muestran que siempre que tenemos oportunidad de comprobar el texto de las copias griegas y latinas, su integridad general es reivindicada.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

EL MARTIRIO DE POLICARPO

El documento que da cuenta del martirio de Policarpo tiene la forma de carta dirigida por la iglesia de Esmirna a la iglesia de Filomelio. Narra también brevemente el martirio de once cristianos de Filadelfia, conducidos a Esmirna para sufrir allí el martirio.

Entre ellos destaca el joven Germánico, que llevó a cabo la hazaña que para sí pedía Ignacio de Antioquía: azuzar al león para que se lanzara contra él y salir cuanto antes de un mundo de iniquidad. Intrepidez que exasperó a los espectadores, que prorrumpieron en alaridos de: “¡Mueran los ateos! ¡Traed a Policarpo!”

El martirio tuvo lugar durante el gobierno del emperador Antonino Pío, reconocidamente benévolo con los cristianos, que prohibía llevarles ante los tribunales por peticiones tumultuosas de la plebe. Sin embargo, gracias a la antigua legislación que sancionó el rescripto de Trajano, los cristianos estaban siempre a merced del capricho y las iras del pueblo, al que magistrados débiles no siempre se atrevían a hacer frente, como atestigua este escrito.

La carta es la obra de un artista que supo aunar la suma belleza del estilo literario con la verdad de los hechos, parece haber sido escrita poco tiempo después del martirio, que tuvo lugar en el año 155 o 156. Este escrito tenía por objeto una circulación más amplia, se dan instrucciones para asegurar que se dé amplia circulación.

Consta de dos partes: Una, el cuerpo principal de la carta, que termina en el capítulo veinte, y dos, cierto número de párrafos suplementarios, que comprenden los capítulos veintiuno y veintidós. En lo que se refiere a la forma, estos párrafos suplementarios son separables del resto de la carta. En realidad, como Eusebio, que es nuestro testigo principal de la autenticidad de los documentos, termina sus citas y paráfrasis antes de llegar al término del cuerpo principal de la carta, no podemos decir con confianza si había párrafos suplementarios o no en ella. La autenticidad de las dos partes, pues, debe ser considerada por separado.

De la genuinidad del documento principal hay abundante evidencia. Unos veinticinco años después del suceso, Ireneo, y un poco más tarde Polícrates, dan testimonio del hecho del martirio de Policarpo. Después, la Carta de las iglesias galicanas (alrededor del año 177) presenta coincidencias sorprendentes con el lenguaje de la Carta de los esmirnenses, y a menos que los varios puntos de semejanza sean accidentales, Luciano, en su relato sobre la *Vida y muerte de Peregrino* (alrededor del año 165), tiene que haber conocido este documento.

Al comienzo del siglo IV, Eusebio se refiere directamente al mismo en su *Cronicón*, y luego en su *Historia eclesiástica* (IV, 15), en que cita y parafrasea casi toda la carta, dando a entender que era el testimonio escrito más primitivo de un martirio que él conocía. Al final del mismo siglo, el autor de la *Vida Pionia de Policarpo* inserta la carta en su obra.

La evidencia interna es clara, también, en favor de la autenticidad, y el argumento contrario, basado en el elemento milagroso de la historia, queda anulado cuando el incidente de la paloma (cap. 16) se demuestra que es una interpolación tardía.

Los párrafos suplementarios presentan un problema más difícil. Consisten en tres partes, separadas en la forma una de la otra, y no es improbable que fueran escritas por manos distintas:

- a) El Apéndice cronológico (cap. 21);
- b) El Postscriptum comendatorio (cap. 22. 1);
- c) La Historia de la Transmisión (cap. 22. 2, 3).

El primero de ellos acaba con un párrafo que es copiado del final de la Carta de san Clemente, tal como el comienzo de la Carta Esmirniota está modelado con el comienzo de la Carta de san Clemente. Siendo la “obligación” la misma en su clase al comienzo que al fin de la carta, la inferencia evidente es que fueron escritas por la misma mano.

Y cuando se ve, al examinarlas, que las referencias históricas contenidas en este apéndice no sólo no contradicen la historia, sino, como en el caso de Felipe de Tralles, son confirmadas por nuevas adquisiciones de datos procedentes de la arqueología y cronología de la época, se llega a la conclusión irresistible de que el cap. 21 formaba parte del documento original. El Postscriptum comendatorio es omitido en el manuscrito de Moscú y en la versión latina, pero puede ser muy bien un postscriptum añadido por la iglesia de Filomelio cuando ellos enviaron copias de la carta, según se les había encargado (cap. 20), a las iglesias más distantes de Esmirna que de ellos mismos.

La Historia de la Transmisión ocurre en una forma ampliada en el manuscrito de Moscú, pero en cada edición termina con una nota implicando que fue escrita por un tal Pionio. Nos dice que él la copió de la transcripción del copista últimamente mencionado, y que Policarpo le reveló su localización a él en una visión de la cual promete que nos dará cuenta en una secuela. Ahora bien, existen en la actualidad Actas de un tal Pionio que fue martirizado bajo Decio en el año 250, que celebran el nacimiento de Policarpo. Tenemos también una *Vita Polycarpi* (que incorpora esta misma Carta de los Esmirnenses), que dice ser escrita por este Pionio, pero sin duda es obra de un falsificador del siglo quinto. Esta vida es incompleta, pues de otro modo habría contenido el relato de la visión de Pionio prometida en la secuela. El escritor de la *Vita Polycarpi* del pseudo-Pionio es, pues, el autor de la Historia de la Transmisión.

Hay un último hecho que es necesario consignar. No sólo vemos que la *Vita Polycarpi* de Pionio y la Historia de la Transmisión apelan sin escrúpulos a documentos antiguos que no tienen existencia. Abundan también copiosamente en lo sobrenatural. Ahora bien, nuestros manuscritos existentes de la Carta Esmirniota tienen un postscriptum pionio, y por lo tanto representan la edición pionia de esta Carta. Sólo Eusebio, de todas las autoridades existentes es anterior al pseudo Pionio y nos da un texto independiente.

Ahora bien, para nuestro espurio Pionio, Policarpo era, ante todo, un obrador de milagros. Entre otros milagros, refiere que en la víspera de la designación de Policarpo para el obispado, una paloma estuvo revoloteando sobre su cabeza. Así también en la Carta de los Esmirnenses vemos una paloma que deja su cuerpo cuando su espíritu es elevado al cielo (cap. 16).

Pero este milagro sólo aparece en las copias pionias, no en Eusebio. Además, por lo abrupto de su aparición se sugiere que se trata de una interpolación. ¿No se trata de la misma paloma que aparece en las dos ocasiones, y no estaba enjaulada y fue soltada por la misma mano? No podemos por menos que sospechar que nuestro espurio Pionio es responsable de las dos apariciones.

a) *Transmisión y manuscritos*

Las autoridades para el texto del *Martirio de Policarpo* son triples.

1. Manuscritos griegos, que son cinco, a saber: (1) Mosquensis 160 (ahora 159), que omite el primer párrafo cap. 22 y amplifica el resto del mismo capítulo. Éste, aunque es del siglo trece, es el manuscrito griego más importante. (2) Barroccianus 238 en la Biblioteca Bodleyana, un manuscrito del siglo once, del que James Ussher derivó su texto. (3) Paris. Bibl. Nat. Graec. 1452, del siglo diez, llamado Mediceus por Halloix. (4) Vindob. Hist. Graec. Eccl. III, un manuscrito del siglo once o principios del doce que evidencia marcas de una revisión literaria arbitraria; y (5) S. Sep. Hierosol. 1 fol. 136, un manuscrito del siglo décimo, descubierto recientemente en la Biblioteca del Santo Sepulcro en Jerusalén por el profesor Rendel Harris.
2. Eusebio. Los extractos hallados en su *Historia eclesiástica* IV. 15; no sólo los más antiguos, sino también los de autoridad más valiosa.
3. La Versión Latina en tres formas: (a) según se da en la traducción de Rufino por Eusebio, que es probablemente la versión del martirio que se leía, según vemos en Gregorio de Tours, en las iglesias de Galia; (b) una Versión Latina independiente, muy libre y parafrástica; (c) una combinación de las dos formas precedentes. Los manuscritos de la Versión Latina son numerosos.

CARTA DE BERNABÉ

El escrito que lleva el nombre de Bernabé tiene un lugar destacado en la literatura de la Iglesia primitiva, hasta el punto de haber andado rondando el canon de los libros divinamente inspirados antes de que se fijara definitivamente. La obra no es una verdadera carta, sino que se limita a esbozar un marco epistolar, con la intención de ofrecer a sus lectores un tratado de “la gnosis perfecta” que acompaña la fe: “Tenía deseos de enviaros un breve escrito para que junto con vuestra fe vuestro conocimiento sea también perfecto” (*Ber.* 1).

El escritor es un adversario inflexible del judaísmo, pero aparte de este antagonismo no tiene nada en común con las herejías antijudaicas del siglo segundo. Al revés de Marción, no postula oposición entre el Antiguo Testamento y el Nuevo. Al contrario, ve el cristianismo por todas partes en Moisés y los profetas, y los trata con un grado de respeto que habría satisfecho al rabino más piadoso. Cita de ellos con profusión y como autoridades.

Sólo acusa a los judíos de entenderlos mal desde el principio al fin, y da a entender que las ordenanzas de la circuncisión, el sábado, las distinciones de carnes limpias e inmundas nunca se intentó que fueran observadas literalmente, sino que tenían en todo un significado místico y espiritual. En este sentido, Bernabé practica la interpretación alegórica con una radicalidad y exageración sin medida, que niega el sentido histórico-gramatical de las Escrituras, en favor de un sentido espiritual fijado arbitrariamente, que convierte la historia de Israel en pura apariencia fantasmal.

El autor está tan llenó de la suma novedad del Evan- gelio, que pasa por encima consideraciones más justas y apropiadas de la Antigua Alianza israelita. La vieja dis- pensación está anulada, cumplido cada uno de sus porme- nores al detalle. En línea con el mensaje profético del An- tigo Testamento, arremete con el ritualismo judío del templo y los sacrificios, la circuncisión y los días santos.

Su menosprecio por los judíos se evidencia por la forma de referirse a ellos, nunca por su nombre, siempre por el demostrativo, aquellos. La Alianza es nuestra, escribe, los judíos la perdieron tan pronto la recibieron por culpa

El escrito que lleva el nombre de Bernabé tiene un lugar destacado en la literatura de la Iglesia primitiva, hasta el punto de haber andado rondando el canon.

la promesa de la tierra prometida, todo se refiere y se cumple en los cristianos: “Porque la Escritura dice con respecto a nosotros, cómo Él dijo al Hijo: ‘Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y que gobierne las bestias de la tierra y las aves de los cielos y los peces del mar’ (Gn. 1:26). Y el Señor dijo cuando vio la hermosa figura nuestra: ‘Creced y multiplicaos y llenad la tierra’ (Gn. 1:28). Todo eso a su Hijo.

De nuevo te mostraré en qué forma habla el Señor respecto a nosotros. Él hizo una segunda creación al final; y el Señor dijo: 'He aquí hago las últimas cosas como las primeras' (Is. 42:9). Con referencia a esto, entonces el profeta predicó: 'Entrad en una tierra que fluye leche y miel, y enseñoreaos de ella' (Éx. 33:1-3). He aquí, pues, hemos sido creados de nuevo, como Él dijo otra vez en otro profeta: 'He aquí, dice el Señor, quitaré de ellos, esto es, de aquellos a quienes había previsto el Espíritu del Señor, sus corazones de piedra, y les pondré corazones de carne' (Ez. 11:19; 36:26); porque Él mismo había de ser manifestado en la carne y habitar entre nosotros" (*Ber.* 6).

El método alegórico de Bernabé, iniciado y puesto en práctica por los judíos alejandrinos, como notamos anteriormente, sin otra regla que la libertad del interprete, lleva a conclusiones inaceptables, aunque estas sean favorables a la fe profesada. No obstante, inaugura esa larga serie de predicadores tipológicos que leerán en cada detalle del tabernáculo, de los sacrificios, del cordón de grana de Rahab, etc., imágenes y tipos del Redentor; o la doctrina de la Trinidad en el plural mayestático de Génesis 1:26: "*Hagamos* al hombre", que, por otra parte, es la primera vez que encontramos en la historia de la teología trinitaria la invocación de este texto como prueba.

Filón había explicado este texto en términos platónicos, diciendo que Dios llamó a sus potencias a colaborar con Él en la creación del hombre, Bernabé da un paso más e introduce aquí la persona del Hijo, tal como harán muchos después de él (*Ber.* 5).

No se puede negar que Bernabé va demasiado lejos en su espiritualización del Antiguo Testamento, quizá en un intento lógico de reivindicarlo como Escritura cristiana.

La relación del cristianismo con el judaísmo y el Antiguo Testamento fue difícil desde el principio, hasta que estalla en la herejía de Marción, que rechaza de plano la autoridad del Antiguo Testamento, como obra indigna del Dios enseñado por Jesucristo, Padre de misericordia y lleno de mansedumbre, frente al Señor colérico de los ejércitos de Israel.

La *Carta de Bernabé* evidencia el conflicto de muchos cristianos del siglo II, venidos del paganismo incapaces de orientarse adecuadamente en relación a la continuidad histórica con la antigua religión hebrea, relación no siempre bien comprendida, ni en la actualidad, ni por unos ni por otros, sea por judeocristianismo o por marcionismo. El escrito de Bernabé fue pensado para responder a ese tipo de angustias. En los primeros años de vida de la Iglesia fue muy fuerte la tentación de recaer en los viejos moldes de las prescripciones hebraicas. El temprano caso de los gálatas, que no fue uno aislado. El yugo de la Ley que levanta su cerviz contra la libertad del Espíritu. La buena acogida de este escrito atribuido a Bernabé indica por dónde iban los ánimos y las intenciones de los cristianos. Frente a la vieja ley, el autor siente la novedad radical del cristianismo, cuyo templo es espiritual, cuya circuncisión es espiritual, cuya ley es Cristo. “Estas cosas las anuló el Señor para que la nueva ley de nuestro Señor Jesucristo, siendo libre del yugo de la obligación, pueda tener su ofrenda no hecha de manos” (*Ber.* 2).



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos



Ruinas del teatro romano de Alejandría,
ciudad donde probablemente se escribió la
Carta de Bernabé

Este gozoso sentimiento de la novedad y libertad en Cristo, llevan al autor a un nuevo concepto de la religión donde, por vez primera y casi única durante siglos, incluye la alegría como uno de los principios de la nueva fe, que toma cuerpo en Hermas, como mandamiento contra la tristeza: “Purifícate de tu malvada tristeza, y vivirás para Dios; sí, y todos viven para Dios, los que echan de sí la tristeza y se revisten de buen ánimo y alegría” (*Pastor*, Mandamiento 10).

a) *Autor y fecha de composición*

¿Quién fue el escritor de esta Epístola? Al final del siglo segundo, Clemente de Alejandría es el primero que habla de Bernabé como autor de la Epístola, que cita con frecuencia, como si se tratara del “apóstol”, o “profeta Bernabé”, compañero de Pablo: “Bernabé, el mismo que predicó con el apóstol, en el ministerio de los gentiles”.

Unos pocos años después, Orígenes cita la Carta y la introduce con las palabras: “Está escrito en la epístola católica de Bernabé”, y la toma por autoridad para sentar su doctrina sobre los ángeles. Las noticias más primitivas están confinadas a los padres de Alejandría, lo que ha llevado a suponer que fue escrita en la misma Alejandría, aunque algunos se inclinan por Siria o Palestina, sin demasiado fundamento.

Eusebio conoció también la *Carta de Bernabé*, pero no comparte el entusiasmo de los alejandrinos, pues la pone decididamente en el número de las escrituras espurias, juntamente con los *Hechos de Pablo*, el *Pastor de Hermas*, el *Apocalipsis de Pedro* y la *Didaché* o *Doctrina de los Apóstoles* (*Hist. ecl.*, III, 25,4).

De hecho, el redactor de la carta en ningún punto afirma ser el apóstol Bernabé, lo cual sería muy extraño caso de tratarse de él; en realidad, el lenguaje que emplea es tal que sugiere que no estaba en absoluto relacionado con los apóstoles. Procede de la gentilidad, mientras que Bernabé era de ascendencia judía. Por otra parte, es muy probable que Bernabé hubiera muerto antes de que la carta fuera redactada. Cómo llegó a asociarse el nombre de Bernabé con la Carta, es imposible explicarlo.

Hay una tradición, o ficción, muy primitiva que nos presenta a Bernabé como residente de Alejandría; pero esta historia puede haber sido la consecuencia de estar su nombre unido a la carta, en vez de ser la causa. Es posible que su autor fuera algún desconocido tocayo del “hijo de Consolación”.

Se ha supuesto que Alejandría, lugar de su recepción inicial, fue también el lugar de su nacimiento, a juzgar por la evidencia interna del estilo y la amplia utilización de la interpretación alegórica, tan típica de los alejandrinos, pero como hace notar Vielhauer, el método alegórico empleado por el autor se aplicaba también en otras partes; sólo basta considerar la carta a los Hebreos, y por eso no es un indicio local seguro, aunque probable.

El problema de la fecha no es menos incierto y de difícil resolución. La carta fue, sin duda, escrita después de la primera destrucción de Jerusalén por Tito, a la cual alude; pero si hubiera sido compuesta después de la guerra bajo Adriano, que terminó con la segunda devastación, es difícil que hubiera dejado de referirse a este suceso. Los límites posibles, pues, son entre el año 70 y el 132.

Pero, dentro de este período de sesenta años, se han señalado las fechas más variadas. La conclusión depende principalmente de la interpretación que se da a los dos pasajes que tratan de las citas de los profetas.

1) La primera se halla en el cap. 4, donde Daniel 7:7 se cita como una ilustración del gran escándalo u ofensa que, según el escritor, está al caer. La fecha dependerá de la interpretación que se dé a los “tres reyes en uno”, o “tres grandes cuernos en uno” y “la pequeña excrecencia” o “retoño de cuerno”. Y aquí no hay teoría propuesta hasta este momento que sea del todo satisfactoria. Weizsacker, que data la Epístola en el reino de Vespasiano (años 70 al 79), se ve obligado a considerar que el emperador es a la vez uno de los grandes cuernos y el cuerno pequeño; Hilgenfeld, que la coloca bajo Nerva (años 96 a 98), arbitrariamente omite a Julio y a Vitelio de la lista de los Césares, para poder hacer a Domiciano el décimo rey; en tanto que ambos fallan en reconocer en el pequeño cuerno de Daniel una profecía del Anticristo y, por tanto, un emperador perseguidor. La fecha de Volkmar (años 119-132).

Además de suscitar serias objeciones contra ella depende de que se enumeren los tres reyes además de los tres, a pesar de que el lenguaje sugiere que estaban comprendidos en algún sentido dentro de los diez.

La solución que sigue, y que estamos dispuestos a adoptar provisionalmente, no ha sido ofrecida hasta aquí, que sepamos. Enumeramos a los diez Césares en su orden natural, con Weizsäcker, y llegamos a Vespasiano como el décimo. Consideramos a los tres Flavios como los tres reyes destinados a ser humillados, con Hilgenfeld. Sin embargo, a diferencia de él, no los vemos como tres emperadores separados, sino que explicamos las palabras como refiriéndose al hecho de que Vespasiano asociara con él a sus dos hijos, Tito y Domiciano, en el ejercicio del poder supremo.

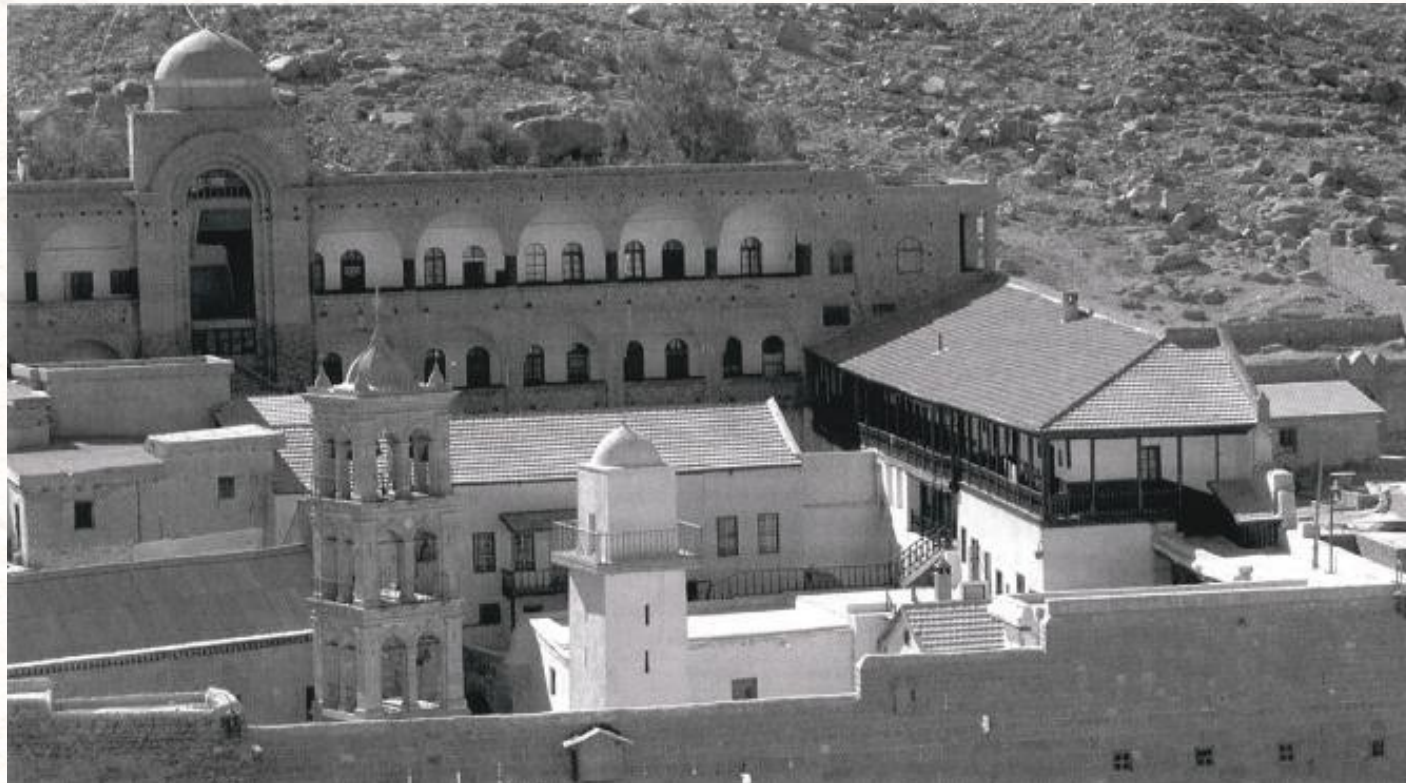
Una conexión tan íntima de los tres en uno nunca se vio en la historia del imperio hasta una fecha demasiado tardía para que pueda tenerse en consideración. El significado de esta asociación es conmemorado en varios tipos de monedas, que exhiben a Vespasiano en el anverso y a Tito y a Domiciano en el reverso en varias actitudes y varias inscripciones. Finalmente, con Volkmar, interpretamos el cuerno pequeño como símbolo del Anticristo, y explicamos con él la expectativa de la reaparición de Nerón, que sabemos era común durante la continuación de la dinastía Flavia.

- 2) El segundo pasaje es la interpretación del cap. 16 de Isaías 49:17, en que se predice a los judíos que “los mismos que derribaron este templo lo reedificarán”, y la interpretación sigue diciendo que “esto está teniendo lugar”. Por haber ido a la guerra fue derribado por sus enemigos; ahora, ¡también los mismos súbditos de sus enemigos (los romanos) lo reedificarán! Esto es considerado por los intérpretes, en general, como refiriéndose al templo material de Jerusalén, y lo explican en relación con las expectativas de los judíos, en una época u otra, que los romanos reedificarían el templo la época generalmente escogida es la conquista de Adriano, un momento en que, por lo tanto, muchos colocan la redacción de la Epístola.

Esto está en conflicto con toda interpretación natural de los tres cuernos y el cuerno pequeño. Pero, primero, no se ha presentado evidencia satisfactoria de que Adriano tuviera esta intención en lo más mínimo, o que los judíos tuvieran esta expectativa en aquel tiempo; y segundo, hay todavía una objeción más formidable, ya que esta interpretación va en contra de la enseñanza general de este escritor, el cual reprocha a los judíos sus interpretaciones materiales de la profecía, y de todo el contexto, que es concebido en su vena usual. El autor explica al principio que los judíos se equivocan al poner su esperanza en el edificio material. Con todo, aquí, si esta interpretación es correcta, les dice que hagan precisamente esto.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos



Monasterio de Santa Catalina, al pie del monte Sinaí,
donde Tischendorf descubrió el Códice Sinaítico,
que contiene algunos escritos íntegros de las Padres Apostólicos

Además, a menos que haya alguna equivocación, les asegura que hay un templo, pero este templo del Señor, predicho por los profetas, es un templo espiritual; porque es, o bien la Iglesia de Cristo o el alma del creyente individual, en el cual reside el Señor. En realidad el pasaje no tiene relación alguna con la fecha. Por estas razones, probablemente deberíamos colocar la fecha de la llamada *Carta de Bernabé* entre los años 70-79; pero la decisión final debe ser afectada por la idea que se imponga sobre el origen de los capítulos que la carta tiene en común con la *Enseñanza de los Apóstoles*.

b) *Transmisión y manuscritos*

Las autoridades para el texto de la *Carta de Bernabé* son las siguientes:

Manuscritos griegos:

1. El manuscrito Sinaítico del siglo IV, en que, en compañía del Pastor de Hermas, se halla en una forma completa, siguiendo al Apocalipsis, en una especie de apéndice al sagrado volumen.
2. El manuscrito Constantinopolitano de Bryennios, documento del siglo XI (año 1056); descubierto en 1875 y que tiene también el texto completo.
3. La serie de nueve manuscritos griegos todos de una familia; en esta colección de manuscritos faltan los cuatro primeros capítulos y parte del quinto.

Hay también una Versión Latina que existe en un manuscrito del siglo IX o X (Petropolitanus Q. v.

1. 39, antiguamente Corbeiensis). Este manuscrito omite los cuatro últimos capítulos, que al parecer no formaban parte de la versión en cuestión. Finalmente, las citas de Clemente de Alejandría, comprendiendo porciones de los capítulos 1, 4, 6, 9, 10, 11, 16, 21 y los pasajes en capítulos 18-21 que esta Epístola tiene en común con la Didaché y otros documentos, dan lugar a consideraciones adicionales que no pueden ser descartadas en la formación del texto.



CARTA A DIOGNETO

“Perla de la antigüedad cristiana no hay obra cristiana fuera del Nuevo Testamento que conmueva tanto el corazón del público creyente” (André Mandouze). Más que carta, habría que ponerle el título de *Discurso a Diogneto*, pues de eso trata la obra, de un verdadero discurso apologético de la fe cristiana, compuesto conforme a las leyes de la más estricta retórica.

Nos hallamos, pues, ante la primera apología cristiana a los gentiles de que tenemos noticia. Henri Marrou cree tener razones de peso para atribuirle a Panteno, maestro de Clemente de Alejandría y, por tanto fecharla hacia los años 190-200, aunque es más probable que se trate de la *Apología* de Cuadrato, como veremos después.

La simplicidad en el modo de presentar verdades teológicas, y la ausencia de toda referencia a las múltiples herejías de tiempos posteriores, señalan, una y otra, una fecha más bien temprana. Al margen de cuándo fue escrita, es una de las apologías cristianas primitivas más noble y más impresionante en su estilo y su tratamiento.

Esta carta o discurso apologético gozó de la aceptación general de los cristianos desde el principio, menospreciados y perseguidos como estaban por judíos y gentiles por igual. “Aman a todos los hombres, y son perseguidos por todos. Se les desconoce, y, pese a todo, se les condena. Se les da muerte, y aun así están revestidos de vida. Son pobres, y, con todo, “hacen ricos a muchos” (2ª Co. 6:10).

Se les deshonra, y, pese a todo, son glorificados en su deshonor. Se habla mal de ellos, y aún así son reivindicados. Son escarnecidos, y ellos bendicen (1ª Co. 4:22); son insultados, y ellos respetan. Al hacer lo bueno son castigados como malhechores; siendo castigados se regocijan, como si con ello se les diera vida. Los judíos hacen guerra contra ellos como extraños, y los griegos los persiguen y, pese a todo, los que los aborrecen no pueden dar la razón de su hostilidad” (*Diog.* 5).

El autor, procedente del paganismo, entusiasta y vehemente en su nueva fe, se describe a sí mismo como “discípulo de los apóstoles, me ofrecí como maestro de los gentiles, ministrando dignamente, a aquellos que se presentan como discípulos de la verdad, las lecciones que han sido transmitidas” (*Diog.* 11).



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos



Atenas, donde Cuadrato escribió su *Apología* a Adriano, identificado por muchos como autor del discurso a Diogneto



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

a) *Autor y fecha de composición*

En el manuscrito de Estrasburgo, el único que contiene el texto de esta obra, se hallan varios escritos espurios o dudosos de Justino Mártir, al final de los cuales está la *Carta a Diogneto*, que se le adscribía también a él; además de las otras obras que siguen –algunas por una mano más tardía que no nos interesan aquí. Por ello los escritores subsiguientes la adscribieron sin vacilar a Justino. Tillemont fue el primero (1691) que arrojó dudas sobre esta adscripción. Los críticos más recientes de modo unánime concuerdan en asignarla a algún otro autor. No es mencionada por Eusebio ni en ningún otro informe antiguo de las obras de Justino, y su estilo es del todo distinto del de Justino.

Sobre la fecha se han sostenido las opiniones más diversas. Se le ha asignado casi toda época, desde la mitad del siglo II hasta el reinado de Constantino a principios del cuarto; y, en realidad, es imposible tener certidumbre alguna. En conjunto, sin embargo, la fecha más primitiva (cerca del año 150) es la que parece más probable. Su adscripción a Justino Mártir y el que estuviera junto con escritos primitivos en el manuscrito sugieren una época no más tardía que la primera mitad del siglo segundo.

Los dos capítulos últimos, que forman una especie de epílogo, pertenecen a una obra diferente, según Lightfoot y otros modernos, que ha sido unida a ella de modo accidental; tal como en la mayoría de los manuscritos existentes la última parte de la *Carta de Policarpo* está unida a la parte anterior de la *Carta de Bernabé* para dar la apariencia de una obra. Probablemente en este caso también un manuscrito arquetípico había perdido algunas hojas. Parece haber alguna indicación de esto en el mismo manuscrito de Estrasburgo.

¿Quién fue, pues, el autor de esta última obra? ¿No podríamos aventurarnos a hacer una conjetura, aunque sea sólo considerada como tal? El escritor fue Panteno, el maestro de Clemente (cerca año 180-210). Es evidente que es un alejandrino, como muestran a la vez la fraseología y los sentimientos. De modo más especial trata el relato de la creación y el jardín del Edén (*Diog.* 12) espiritualmente con relación a la Iglesia de Cristo; y Panteno es señalado, por dos o tres padres primitivos más, por Anastasio de Sinaí, en dos pasajes, como un escritor que ofrece este modo de tratamiento.

Tampoco podría nadie haber usado de modo más apropiado las palabras “maestro de los gentiles” respecto a sí mismo que Panteno: “Mis discursos no son extraños ni son perversas elucubraciones, sino que habiendo sido un discípulo de los apóstoles, me ofrecí como maestro de los gentiles, ministrando dignamente, a aquellos que se presentan como discípulos de la verdad, las lecciones que han sido transmitidas” (*Diog.* 11).



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

En 1946 Dom Paul Andriessen publicó unos sensacionales artículos sobre la *Carta a Diogneto*, donde defiende que ésta no es otra cosa que la *Apología* que Cuadrato presentó al emperador Adriano. Cuadrato es el primer apologista cristiano de quien Eusebio dice que presentó al emperador Adriano una *Apología* de la religión cristiana (*Hist. ecl.* IV,3), apología que se perdió, como tantas otras.

Eusebio llama a Cuadrato discípulo de los apóstoles, a la par de Clemente, Ignacio, Policarpo y Papías. Cuadrato fue uno de los evangelistas u obispos misioneros fundadores de nuevas comunidades, hombre dotado de carisma profético. El autor de Diogneto se cuenta a sí mismo entre aquellos para quienes “toda tierra extranjera es patria y toda patria tierra extranjera” (*Diog.* 5).

La persona designada como Diogneto no es improbable que fuera Adriano, tutor de Marco Aurelio, citado aquí como uno que inquiere acerca de la verdad. La referencia al hecho del emperador comisionando a su hijo como ilustración de la gran verdad de la teología cristiana, no es improbable que fuera sugerida por sucesos tales como la adopción de Marco Aurelio por Antonino Pío al poder tribunicio (año 147), o bien la asociación de su hijo adoptivo L. Aelio (año 161), o de su propio hijo Cómodo (años 176, 177) en el imperio por parte del mismo Marco Aurelio.

Sabemos que el nombre de Diogneto no es sólo un nombre propio, sino también un título honorífico de los príncipes. Que Cuadrato le diera el título de Diogneto pudo ser debido al hecho de que el emperador acababa de iniciarse en los misterios de Eleusis, en que el iniciado era elevado a la raza de los dioses (véase *Diog.* 10). Más sencillo, el nombre de Diogneto ocurre con gran frecuencia en Atenas, especialmente entre los arcontes, y Adriano era arconte de Atenas ya en el año 112 d.C. Y no es sólo Cuadrato, sino también Marco Aurelio, quien otorga a Adriano este título de Diogneto.

Adriano se hizo iniciar en todos los misterios existentes, por eso Tertuliano le llama un explorador de curiosidades (*Apología* V,7). En casi todos los capítulos de Diogneto se alude al hecho de que Adriano se había iniciado en los misterios de Eleusis.

El mismo hecho de que el autor del discurso a Diogneto llame a la circuncisión una mutilación de la carne (*Diog.* 4), concuerda con el edicto de Adriano, prohibiendo la circuncisión precisamente por considerarla una mutilación del cuerpo, de donde resultó la segunda guerra judía (cf. nuestra “introducción” a las *Catequesis* de Cirilo de Jerusalén). Todos estos puntos llevan a considerar a Cuadrato el autor del discurso a Diogneto, con un alto grado de probabilidad, escrito en Atenas. Esto daría solución al debate sobre los cap. 11-12, considerados como pertenecientes a otra obra. Ruiz Bueno, apoyando la tesis de Andriessen, observa que cuando se compara el estilo del epílogo, es decir, los caps. 11-12, con el cap. 5, nos damos cuenta de que la cuestión de la diferencia de estilo debe descartarse. Forman un todo con el resto de la obra.

b) *Transmisión y manuscritos*

Debemos el texto de esta obra a un solo manuscrito del siglo trece o quizá del catorce, que ahora ya no existe.

Este manuscrito había pertenecido originalmente al humanista J. Reuchlin (m. 1522), luego a la abadía de Maurmunster, de la Alsacia superior, y finalmente pasó a la Biblioteca de Estrasburgo, donde se quemó en un incendio durante la guerra franco-alemana en 1870, junto con los otros tesoros manuscritos que había en ella. Sin embargo, se habían hecho dos transcripciones a finales del siglo XVI, una por Henricus Stephannus (en 1586), que fue el primero que editó la *Carta a Diogneto* (París, 1592), y otra por Beurer (1587-1591), el cual, sin embargo, no la publicó.

La copia de Stephannus se halla ahora en la biblioteca universitaria Leiden; la de Beurer se ha perdido, pero algunos de sus textos han sido preservados por Stephannus y por Sylburg (1593).

Por fortuna, la porción del manuscrito de Estrasburgo que contiene esta Epístola fue cotejada cuidadosamente por E. Cunitz en 1842 para la primera edición, por Otto, de Justino Mártir (1843), y de nuevo por E. Reuss, aún más exactamente, en 1861, para la tercera edición del mismo editor (1879).



Príncipe de Paz
Ministerios Bíblicos

FRAGMENTOS DE PAPIÁS

Lo que nos ha llegado de los cinco libros de Papías, *Explicación de las sentencias del Señor*, son sólo algunas citas y referencias en Ireneo, Eusebio, escritores eclesiásticos posteriores, y en las *catenae* o cadenas de textos.

De la vida de Papías sólo se sabe con certeza que fue obispo de Hierápolis, en Frigia, amigo de Policarpo de Esmirna y autor de la mencionada *Explicación*, o exégesis de los dichos de Jesús. Ireneo y Eusebio discrepan entre sí en cuanto a si Papías formó parte o no de los discípulos del apóstol Juan.

También hay discrepancias en cuanto a las dataciones de la obra, que se mueven entre el año 90 y el 140; en todo caso es una obra muy antigua, en estrecha conexión con la era apostólica.

El libro fue, al parecer, un colección y comentario de datos de diversa procedencia sobre dichos y hechos de Jesús, y trataba de indagar la autenticidad de la tradición sobre Jesús y asegurar su comprensión correcta mediante la aclaración. La obra también aporta datos sobre el fin de Judas, el martirio de los dos hijos de Zebedeo, la salvación milagrosa de Barsabas, e incluso resurrecciones de cristia- nos de la época post- apostólica.

De claro signo antignóstico, no se apoya en libros bíblicos tales como el evangelio de Juan o de Lucas, o en las cartas de Pablo, todos ellos apreciados también por los gnósticos, sino en las tradiciones orales y en las tradiciones recogidas por Marcos y Mateo. Papías no escribe preocupado por la proliferación desordenada de tradiciones sobre Jesús, sino por los nuevos evangelios redactados por los gnósticos cristianos, haciendo propaganda en favor de sus ideas a base de una literatura expositiva abundante. Basílides redactó una exposición “del evangelio” en 24 libros (Eusebio, *Hist. ecl.* IV, 7,7). Frente a estos y otros de similar estilo, se dirige la obra de Papías.

Por este motivo, prefiere la “tradición viva”, oral, de los apóstoles, a los libros que circulaban profusamente y sin control: “Pero yo no tendré inconveniente en ofreceros, junto con mis interpretaciones, todo lo que he aprendido cuidadosamente y recordado cuidadosamente en el pasado de los ancianos, garantizándote su verdad. Porque, al revés de muchos, no tuve placer en los que tienen mucho que decir, sino en los que enseñan la verdad; no en los que refieren mandamientos extraños, sino en aquellos que dan testimonio de los que dio el Señor para la fe, y se derivan de la misma verdad.

Y también, siempre que venía una persona cerca de mí que había sido seguidor de los ancianos, inquiría de él sobre los discursos de los ancianos: lo que había dicho Andrés, o Pedro, o Felipe, o Tomás, o Jacobo, o Juan, o Mateo, o algún otro de los discípulos del Señor, o lo que dicen Aristión y el anciano (*presbítero*) Juan, discípulos del Señor.

Porque no creía poder sacar tanto provecho del contenido de libros como de las expresiones de una voz viva y permanente” (Papías, “prefacio”).

La auténtica tradición de Jesús es para Papías, aquella que se puede seguir a través de una cadena transmisora hasta llegar al grupo de los discípulos personales de Jesús o que puede recorrerse partiendo de este grupo hasta la actualidad. Considera como garante de esta tradición palestiniana a los *presbíteros* o ancianos, entendiendo por tales, no a los detentadores de los cargos ministeriales, sino a los portadores de la tradición.

También los gnósticos prefieren la tradición oral, pero con una diferencia. Mientras que ellos apelan a la “doctrina secreta”, los eclesiásticos se refieren a la “doctrina revelada”, toda vez que el cristianismo no se entiende a sí mismo en términos de religión de misterios, sino de verdad eterna revelada por Dios en el tiempo en la persona de su Hijo.

El gnóstico Basílides pretendía haber recibido sus conocimientos a través de su maestro Glaucias, el intérprete de Pedro; por su parte, Valentín, apelaba a la doctrina secreta de Pablo a través de un tal Teodas. Todo ello iba a empujar a la Iglesia a buscar con criterios sanos de apostolicidad los documentos escritos garantes de la tradición apostólica, que daría lugar a la lista de libros canónicos, reconociendo su categoría de libros inspirados y normativos.



Príncipe de Paz
Ministerios Bíblicos

EL PASTOR DE HERMAS

Esta obra es titulada en sus noticias más antiguas *El Pastor*, debido al personaje central de las visiones de Hermas, que es a la vez el narrador del relato. El Pastor es el maestro divino, que comunica a Hermas, sea por precepto o por alegoría, las lecciones que han de ser transmitidas para la instrucción de la Iglesia. Las confusiones posteriores, que identifican a Hermas con el Pastor, no se pueden justificar por la obra misma. La historia personal de Hermas y la de su familia están entrelazadas de vez en cuando con el relato y puestas al servicio de los propósitos morales de la obra. En este caso se parece a la *Divina Comedia*, aunque la historia juega un papel mucho menos importante aquí que en el gran poema de Dante. En el campo protestante se nos ocurre pensar en el humilde calderero John Bunyan y sus inmortales obras alegóricas, *El progreso del peregrino*; *Guerra santa*, etc.

El *Pastor* fue de los más universalmente estimados de la antigüedad cristiana. Tuvo una circulación general en las iglesias de Oriente y Occidente poco después de mediados del siglo II. Hacia este tiempo tiene que haber sido traducida al latín. La citan Ireneo en Galia (*Contra. her.* IV, 30), Tertuliano en África, Clemente y Orígenes en Alejandría. Todos estos autores –incluso Tertuliano, antes de hacerse montanista– o bien la citan como Escritura, o le asignan una autoridad especial, como inspirada en algún sentido, a casi canónica.

Se puede sacar la misma inferencia respecto a su influencia primitiva de la denuncia de Tertuliano, quien –ahora se había hecho montanista– la rechaza como repulsiva a sus tendencias puritanas (*De Pudic.* 10), y el autor del Canon Muratorio (c. año 180), que le niega lugar entre los profetas o los apóstoles, aunque al parecer permite que sea leída privadamente para edificación. Su canonicidad, además, fue tema de discusión en más de un concilio, cuando Tertuliano escribió (no antes del año 212). Eusebio ya la pone categóricamente entre los *nothoi* o espurios (*Hist. ecl.* II, 25,4).

En su forma material, la estructura editorial de la obra está seriamente debilitada por la división común en tres partes o libros: Visiones, Mandatos y Similitudes, como si estuvieran las tres en el mismo nivel. Puede ser convencional; pero no hemos de permitir que domine nuestro concepto de la obra. Las Visiones son introductorias, y el Pastor no aparece hasta su final. Entrega su mensaje a Hermas en dos partes: 1) Mandatos o Preceptos; 2) Similitudes o Parábolas, esto es, lecciones morales enseñadas por medio de alegorías.

La primera persona introducida en el libro es una tal Roda (*Her.* 1,1), a quien Hermas había sido vendido cuando fue llevado a Roma como esclavo. Su parte es semejante a la de Beatriz en el poema de Dante. Se le aparece en los cielos cuando él está en camino hacia Cumæ, y le reprocha su pasión, no del todo intachable, por ella. Habiendo con ello despertado la conciencia de Hermas, se retira. Entonces Hermas ve delante a una anciana, que él, considerando el lugar, no es raro que confunda con la Sibila (*Her.* 2,4), pero que resulta ser la Iglesia.

El objeto de las Visiones, en realidad, parece ser el colocar delante del lector la concepción de la Iglesia bajo la forma de una anciana, cuyos rasgos se vuelven más juveniles en cada aparición sucesiva. Así, las lecciones de una conciencia herida y penitente, de la Iglesia creciendo y extendiéndose (la Iglesia militante), finalmente, de la Iglesia purificada por el sufrimiento (la Iglesia triunfante), y de los terrores del juicio, ocupan las cuatro Visiones propiamente dichas.

Hermas recibe instrucciones de escribir todo lo que oye. Una copia de su libro la ha de enviar a Clemente, quien está encargado de darla a conocer a las ciudades extranjeras; otra a Grapta, cuyo objetivo es enseñar a las viudas y huérfanos, y él mismo, junto con los presbíteros, ha de leerla al pueblo de “esta ciudad”, esto es, Roma (*Her.* 2,4).

La quinta visión es diferente en su clase de las cuatro precedentes, y realmente no es designada una visión, sino una *revelación*. Hermas ahora está en su propia casa. La aparición ya no es la representación de la Iglesia, sino un hombre de rostro glorioso en hábito pastoral, que ha sido enviado para residir con él y enseñarle hasta el fin de sus días. Es “el Pastor, el ángel del arrepentimiento”, que le entrega ciertos Mandatos y Similitudes, con la orden de ponerlos por escrito, y que forman los dos libros restantes –la parte principal de la obra–.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

La enseñanza del Pastor, pues, está contenida en los doce mandatos y en las diez similitudes que siguen. Pero la décima y última de éstas no es estrictamente una parábola como el resto. Contiene un capítulo final, que resume la función del Pastor y sus asociados celestiales, en la obra de perfeccionar la instrucción de Hermas.

Predicador de la *metánoia*, arrepentimiento, o conversión como un cambio radical tanto en mente como en conducta, Hermas se atreve a introducir una innovación penitencial en la Iglesia de Roma, para lo que se ampara en la autoridad de la revelación recibida. Se trataba en su día de un problema grave y de gran envergadura. El apóstol Pablo había avisado de que “el que piense estar en pie, mire no caiga” (1ª Co. 10:12), pues “es imposible que quienes fueron una vez iluminados [en el bautismo]... y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento” (He. 6:4, 6).

Este texto había dado lugar a enseñar que no había posibilidad, “imposible”, de arrepentimiento para aquellos que hubieran pecado gravemente después del bautismo o “iluminación” (gr. *photismos*), que era uno de los nombres dados al bautismo, y, en justa correspondencia, “iluminados” (gr. *photizomenoi*) a los bautizados (véase Cirilo de Jerusalén, *Catequesis bautismales*).

Hermas reconoce que esto es una enseñanza recibida. “He oído, Señor –le dije– de ciertos maestros, que no hay otro arrepentimiento aparte del que tuvo lugar cuando descendimos al agua y obtuvimos remisión de nuestros pecados anteriores.” Él me contestó: “Has oído bien; pues es así. Porque el que ha recibido el perdón de sus pecados ya no debe pecar más, sino vivir en pureza” (Mand. 4,3). “Ya no debe pecar más”, pero de hecho, los bautizados seguían pecando, sumiéndose así en un pozo de angustia, toda vez que se cerraba sobre ellos la puerta del perdón. Hermas quiere tener una palabra de esperanza para ellos. Es la que sigue a continuación: “Pero como tú inquietas sobre todas las cosas con exactitud, te declararé también otro aspecto, sin que con ello quiera dar pretexto de pecar a los que en lo futuro han de creer o a los que ya hayan creído. Pues los que ya han creído, o han de creer en el futuro, no tienen arrepentimiento para los pecados, sino que tienen sólo remisión de sus pecados anteriores.

A los que Dios llamó, pues, antes de estos días, el Señor les designó arrepentimiento; porque el Señor, discerniendo los corazones y sabiendo de antemano todas las cosas, conoció la debilidad de los hombres y las múltiples astucias del diablo con las que procurará engañar a los siervos de Dios, y ensañarse con ellos. El Señor, pues, siendo compasivo, tuvo piedad de la obra de sus manos y designó esta oportunidad para arrepentirse, y a mí me dio la autoridad sobre este arrepentimiento” (*id.*). Hermas se atreve a proclamar contra la corriente de opinión general de su época, un arrepentimiento para aquellos que han caído, en torno al cual hace girar su libro.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos



Escena bautismal en un sarcófago romano del siglo III.
El Espíritu Santo, en forma de paloma, ilumina al
recién bautizado, representado por un niño (latín
infant) para señalar la novedad de vida



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Por eso, su mensaje de arrepentimiento es mensaje de alegría, y dedica un mandamiento completo a la alegría espiritual. “Revístete de alegría y buen ánimo, que siempre tiene favor delante de Dios, y regocíjate en ellos. Porque todo hombre animoso obra bien, y piensa bien, y desprecia la tristeza; pero el hombre triste está siempre cometiendo pecado. En primer lugar comete pecado, porque contrista al Espíritu Santo, que fue dado al hombre siendo un espíritu animoso; y en segundo lugar, al contristar al Espíritu Santo, pone por obra iniquidad, ya que ni intercede ante Dios ni le confiesa. Porque la intercesión de un hombre triste nunca tiene poder para ascender al altar de Dios” (Mand. 10).

a) Autor y fecha de composición

La localización geográfica del relato tiene su centro en Roma, donde sin duda fue escrita la obra. El hogar de Hermas en la ciudad, la carretera a Cumæ, la Vía de Campania –éstas son las localizaciones mencionadas por nombre–. Hay una excepción. Como tema de una *Similitud* (*Sim.* 9) es escogida Arcadia, la última propiamente llamada, porque las montañas visibles desde la altura central por su carácter y posición permiten un buen tema para la parábola final, los elementos componentes de la Iglesia. Como Hermas fue traído a Roma y vendido allí como esclavo, es posible que Arcadia fuera su lugar nativo.

Orígenes, seguido por Eusebio y Jerónimo, creía que el autor del *Pastor*, Hermas, era el mismo mencionado por Pablo en su carta a los romanos (Ro. 16:14), pero el fragmento de un antiguo escrito llamado Muratori, en memoria de su descubridor, L. A. Muratori, que lo publicó en 1740 dice que “el *Pastor* lo escribió muy recientemente en nuestros tiempo Hermas, en la ciudad de Roma, sentándose como obispo en la silla de la Iglesia de Roma Pío, hermano suyo. Por lo tanto, conviene, ciertamente que se lea, pero que no se publique en la Iglesia para el pueblo, ni entre los profetas, como quiera que su número está completo, ni entre los apóstoles, por haber terminado su tiempo”. Según esto, el *Pastor* se escribió entre 141 a 155, fecha del episcopado de Pío.

El problema de esta identificación de Hermas como hermano de Pío, no es compatible con la mención de Clemente como un contemporáneo. Si es verdad, o bien se trata de algún otro Clemente, o el original griego del Canon, del cual sólo existe la versión latina, no puede haber dicho que Pío era realmente obispo al tiempo en que fue escrita.

Esta tradición aparece también en uno o dos escritos subsiguientes, los cuales, sin embargo, quizás no son in- dependientes. Es desacreditada en parte por el hecho de que su motivo es despreciar el valor de la obra, como siendo muy reciente, y no tener autoridad para ser leída en la Iglesia, como los escritos de los apóstoles y profetas, según aparece claro en el contexto.



Príncipe de Paz Ministerios Bíblicos

Roma, ciudad donde Hermas
escribió su *Pastor*

b) *Transmisión y manuscritos*

Las autoridades para el texto del *Pastor* son las siguientes:

1. Manuscritos griegos:

- 1) El famoso manuscrito Sinaítico del siglo cuarto, en que, después de un vacío causado por la pérdida de seis hojas, el *Pastor* sigue a la Epístola de Bernabé al final del volumen. Por desgracia, sin embargo, sólo existe un fragmento, aproximadamente la primera cuarta parte del texto, y el manuscrito, después de varias lagunas, se interrumpe finalmente a la mitad del Mand. 9,3.
- 2) 2). El manuscrito Athos, escrito en una letra menuda y apiñada en el siglo catorce. Consta de tres hojas, ahora en la Biblioteca de la Universidad de Leipzig, y seis hojas que quedan todavía en el Monasterio de Gregorio en el monte Athos. La porción del manuscrito que ahora está en Leipzig fue traída en 1855 desde el monte Athos por el famoso falsificador Simónides, el cual lo vendió a la Universidad allí, junto con lo que dijo ser una copia de otras seis hojas del mismo documento. Esta copia, más tarde, fue editada por Anger. Sin embargo, la existencia del manuscrito original fue puesta en duda hasta 1880, cuando el Dr. Lambros la descubrió de nuevo en el monte Athos. Su cotejo con el texto de estas seis hojas fue publicado en 1888 por J. A. Robinson (The Athos Codex of the Shepherd of Hermas).

Además del apógrafo de Simónides, ya citado, fue hallada más tarde otra copia entre sus papeles después que fue arrestado, y que fue publicada por Tischendorf. La publicación del cotejo del Dr. Lambros nos muestra que en tanto que el apógrafo editado por Anger era una falsificación, el segundo apógrafo era verdaderamente una transcripción del manuscrito de Athos. Así pues, en los pasajes en que el códice Athos ha sido dañado y es ilegible, entre 1855 y 1880, este apógrafo (Athos-Simónides) tiene cierto valor.

2. Versiones.

- 1) Versiones latinas. Hay dos: a) la llamada Antigua Versión Latina, que existe en unos veinte manuscritos, cuya relación entre sí no ha sido aclarada todavía del todo. De esta versión, Faber Stapulensis publicó su *editio princeps* en 1513. b) La Versión Palatina, hallada en un manuscrito del siglo XIV, y publicada totalmente en 1857 por Dressel. Ambas versiones nos dan el texto virtualmente completo.
- 2) Versión Etíope (E). Existe en un manuscrito descubierto en 1847 en el monasterio de Guindaguinde por A. d'Abbadie, que obtuvo una transcripción, pero no se dio cuenta de la plena importancia de su descubrimiento. Al fin, ante la insistencia de Dillmann, publicó el texto con una traducción latina en el año 1860. Esta versión también contiene el Pastor completo.

Además del apógrafo de Simónides, ya citado, fue hallada más tarde otra copia entre sus papeles después que fue arrestado, y que fue publicada por Tischendorf. La publicación del cotejo del Dr. Lambros nos muestra que en tanto que el apógrafo editado por Anger era una falsificación, el segundo apógrafo era verdaderamente una transcripción del manuscrito de Athos. Así pues, en los pasajes en que el código Athos ha sido dañado y es ilegible, entre 1855 y 1880, este apógrafo (Athos-Simónides) tiene cierto valor.

2. Versiones.

- 1) Versiones latinas. Hay dos: a) la llamada Antigua Versión Latina, que existe en unos veinte manuscritos, cuya relación entre sí no ha sido aclarada todavía del todo. De esta versión, Faber Stapulensis publicó su *editio princeps* en 1513. b) La Versión Palatina, hallada en un manuscrito del siglo XIV, y publicada totalmente en 1857 por Dressel. Ambas versiones nos dan el texto virtualmente completo.
- 2) Versión Etíope (E). Existe en un manuscrito descubierto en 1847 en el monasterio de Guindaguinde por A. d'Abbadie, que obtuvo una transcripción, pero no se dio cuenta de la plena importancia de su descubrimiento. Al fin, ante la insistencia de Dillmann, publicó el texto con una traducción latina en el año 1860. Esta versión también contiene el Pastor completo.



**Príncipe de Paz
Ministerios Bíblicos**

**Por tanto, al Rey de los siglos, al inmortal, invisible y único Dios,
sean la honra y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.**

1 Timoteo 1:17 RVR 1960

Gracias